

RECENSIONES

Teniente general don MANUEL DÍEZ-ALEGRÍA GUTIÉRREZ: *Ejército y sociedad*. Alianza Editorial. Madrid, 1972. «Libro de Bolsillo», 201 pp.

Cuando un profesional de las Fuerzas Armadas ha cumplido las bodas de oro en la milicia y alcanzado los más elevados niveles de la jerarquía castrense, siente en muchos casos el deseo vital de comunicar a sus compañeros de Armas y demás conciudadanos sus puntos de vista sobre algunos de los múltiples y variados temas que comprenden la amplia problemática militar de nuestros días.

Y éste es el caso del teniente general Díez-Alegría, que desde julio de 1970 es el jefe del Alto Estado Mayor.

Ingresa en la Academia de Ingenieros en 1923, contando diecisiete años, y desde entonces toda su vida profesional es un continuo quehacer en destinos de unidades y centros de enseñanza, en los que ha realizado una labor dilatada. Jalones destacados de su hoja de servicios son sus destinos en mandos de unidades armadas, el ascenso a comandante por méritos de guerra, profesor de la Escuela de Estado Mayor y de la Escuela Superior del Ejército, director de la Academia de Ingenieros y de la Escuela de Aplicación de Ingenieros y de Transmisiones del Ejército. También ha sido director de dos elevados centros de enseñanza: la Escuela Superior del Ejército y el Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN).

Profesional estudioso y sistemático, obtendrá el diploma de Estado Mayor y el de ingeniero geógrafo. Realizará estudios de Derecho en la Universidad Complutense y será recibido como académico de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas en 1968.

Agregado militar en Brasil, su amplia formación cultural y profesional es manifiesta y fruto de ella son sus trabajos monográficos sobre una amplia temática, cuatro de los cuales han sido agrupados por Alianza Editorial bajo el título *Ejército y sociedad*.

Aunque no se trata de un libro escrito en un período unitario de tiempo, sino que sus capítulos responden a monografías que llevan las fechas de 1966, 1968, 1969 y 1971, todos tienen un sentido sociológico-militar que les da carácter de continuidad uniforme, realizándose la lectura sin quiebras de su línea argumental, en la que los dos personajes principales, el Ejército y la Sociedad se mueven y perfilan tanto en el marco de la guerra como en el de la paz, si bien sea ésta tan precaria e insegura para la humanidad como la derivada de la terminación de la segunda guerra mundial en 1945, ya que desde entonces hasta nuestros días se han producido, en opinión de José Antonio Varela, cerca de

80 *conflictos armados*, entendiendo por tales «las acciones de fuerza en las que participan contingentes más o menos numerosos, organizados y dirigidos con una intención política para lograr determinados fines».

«Defensa y sociedad» es el primer tema del libro y en el que se realiza «un enfoque actual del problema externo de los ejércitos», poniendo de manifiesto el general Díez-Alegría, desde las primeras páginas, que, aunque se trate de presentar con un profundo antimilitarismo a la sociedad industrial frente a la sociedad militar, ninguna de las decisiones que han dado a la guerra un carácter de destrucción y aniquilamiento humano de aspecto apocalíptico, fueron adoptadas por hombres de uniforme. Sin que ello quiera decir que el hecho bélico tiene que inquietar y repugnar por igual a políticos y a militares por sus desastrosos resultados, incluso en el campo de los vencedores. Pero como, por otra parte, hoy es concepto generalmente admitido que la guerra es el fenómeno sociológico más importante en la vida de los pueblos, no puede extrañar que todo lo relacionado con ella sea objeto de estudio y atención creciente por parte de los especialistas de todos los campos del saber, puesto que a todos implica el acto bélico de forma más o menos directa y por esta causa a los tradicionales tratadistas militares se han sumado políticos, sociólogos, internacionalistas, economistas, etc.

Estima el autor que la evolución de la sociedad y de los ejércitos ha sido muy profunda en los últimos treinta años y ambos se encuentran en una fase de transición sin haber alcanzado su punto de equilibrio.

Para analizar el problema actual que el ejército representa en la sociedad, se considera sucesivamente el papel que aún tiene éste en la sociedad internacional y, una vez demostrada su necesidad, lo estudia dentro de su propia sociedad nacional.

El general contempla en esta monografía todas las implicaciones que desde la explosión de Hiroshima han supuesto las armas nucleares, tanto en el aspecto doctrinal, en el que no pocos han considerado superada la tesis clausewiana de que «la guerra es la simple continuación de la política con otros medios», como en el resurgimiento de las guerras revolucionarias de concepción marxista, y también de los actuales sistemas de alianzas multinacionales, que a diferencia de las anteriores a la II Guerra Mundial tienen un carácter permanente en paz, por la imposibilidad de coordinar a ejércitos cuyas doctrinas, instrucción y armamento fueran dispares, en el breve lapso de tiempo que suele caracterizar a los períodos de tensión prebélico que desembocan en la ruptura de hostilidades.

Siguiendo la tendencia generalizada, el autor se muestra conforme con que las Fuerzas de Emergencia de las Naciones Unidas, o cualquier otro tipo de ejército internacional, no tienen capacidad actualmente para imponer la autoridad de la ONU en conflictos de cierta envergadura, y ha de pasar algún tiempo hasta que los cascos azules puedan ser resolutivos y respetados, por ser una fuerza realmente contundente en el aspecto militar y político.

Con agudo sentido crítico, son puestas de manifiesto las causas que obligan a un descenso social del militar profesional, y las perniciosas consecuencias que ello lleva consigo, cuando por las condiciones económicas y sociales imperantes en su propio país la vida del Cuerpo de Oficiales se hace cada vez más difícil.

RECENSIONES

Refiriéndose al binomio *Paz y Seguridad*, se plantean en el libro cuestiones tan atractivas y polémicas como los «sistemas de seguridad», básicos en las relaciones internacionales, y se alude al equilibrio actual entre la OTAN y el Pacto de Varsovia, como elemento esencial del vigente sistema de seguridad europeo. Pero se recuerda que el entendimiento directo por el «teléfono rojo» entre los grandes polos de poder constituye el fundamento de la vigente seguridad mundial, que tiene por ambiente el favorable estado de ánimo creado por la *distensión*. Asimismo, y dado que muchas naciones europeas tienen intereses extrarregionales, se llega a la conclusión de que un nuevo sistema de seguridad europeo tendría que ser concebido a escala mundial para que fuera viable.

Si el general Díez-Alegría nos presenta unas características profesionales destacadas a lo largo de sus años de servicio, que el lector habrá podido apreciar en el rápido bosquejo inicial que hemos trazado a su personalidad, en el estudio que dedica a la *Guerra de guerrillas*, de tan señalado abolengo histórico en España, muestra claramente su gran capacidad de síntesis, pues en 50 páginas desarrolla toda la moderna problemática de la guerrilla y de la contraguerrilla, y señala el alto nivel en qué debe organizarse su dirección y coordinación.

En el último capítulo, dedicado a la *novela histórica como fuente de una sociología militar decimonónica*, se presentan de una forma original los pensamientos que, sobre lo militar y los hombres que más destacaron en la carrera de las armas, tenían escritores de tan conocida raigambre literaria como Galdós, Valle-Inclán y Pío Baroja.

Ejército y Sociedad es un libro ameno, que el lector, civil o militar, que lo tiene en la mano siente deseos de leer, atraído por su claro estilo y la alusión a citas y anécdotas, que le prestan la necesaria agilidad a lo largo de la presentación de conceptos y opiniones de enjundia y profundidad. Es un trabajo importante del general Díez-Alegría, al que es de esperar han de seguir otras obras, ya que ocupa una elevada plataforma que le ha permitido conocer los problemas militares de los principales ejércitos del mundo que ha visitado en sus acuartelamientos e instalaciones, así como en ejercicios y maniobras. Esta información de primera mano, unida a sus opiniones personales sobre importantes cuestiones relacionadas con la defensa nacional, hacen de su figura militar un escritor especializado que ofrece un señalado interés para toda clase de lectores.

El libro se encuentra dentro de una disciplina de la que realmente se ha escrito poco. La sociología, en su relación con la guerra y lo militar, no ha tenido muchos cultivadores, quizá debido a lo polémico y subjetivo de las tesis que en ella se desarrollan y a las consecuencias que se derivan de los estudios estadísticos en su aplicación sociológica. Los trabajos de Manuel Fraga Iribarne, *La guerra y la teoría del conflicto social* (discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 1962); del comandante Miguel Alonso Baquer, *El Ejército en la Sociedad Española* (1971), y del capitán Julio Busquet Bragulat, *El militar de carrera en España* («Biblioteca de Sociología», 1971), son de los más modernos e importantes, y a los que se suma *Ejército y Sociedad* para animar a los estudiosos sobre esta importante materia a continuar esta línea de tratadistas españoles.

FERNANDO DE SALAS LOPEZ

RECENSIONES

BORIS LEIBZÓN: *El revolucionarismo pequeñoburgués (acerca del anarquismo, el trotskismo y el maoísmo)*. Editorial Progreso. Moscú, 1972, 214 pp.

Desde las primeras páginas del libro el lector atento advierte con toda claridad la intencionalidad de la obra, a saber: hablarnos de la «revolución cultural» maoísta. La verdad es que el fenómeno chino siempre merece la pena de ser meditado con cierto sosiego y detenimiento, dado que, en rigor, la tesis central que marca la pauta ideológica del amplio ensayo que debemos al doctor Leibzón se centraliza en el siguiente extremo: fuera de la China de Mao la llamada «revolución cultural» no tiene razón de ser, puesto que, subraya el autor, difícilmente nos es dado el encontrarnos con un proceso revolucionario que muestre menos interés en alcanzar cierta matización ecuménica. Recordemos, efectivamente, que «sus prescripciones de comportamiento político son una respuesta a las circunstancias chinas; y ésta es la razón de que generalmente sean tan mal comprendidas en Occidente».

Creemos, por otra parte, que el propio Mao tampoco ha sido comprendido del todo, puesto que, y así se le ha criticado agudamente, «condena constantemente el empirismo, pero es el más empírico de los marxistas; y a pesar de su insistencia en que la práctica y el conocimiento que procede de la participación en la práctica depende de una estructura teórica (el marxismo), toda su filosofía hace hincapié en la investigación de los hechos. Lo que condena como empirismo es una particular clase de comportamiento pragmático que no relaciona las partes con el todo, o que pierde de vista los fines debido a la preocupación por los medios. Los defectos que ataca, los problemas que tiene en la mente, son problemas chinos, y aunque, como todos los filósofos, escribe como si lo hiciera para la eternidad, todos sus escritos son una respuesta a los problemas prácticos que proceden de las inclinaciones de un grupo de hombres particular que constituye la dirección política de un movimiento radical, en una sociedad que tiene sus propios problemas particulares».

Es posible que haya que darle la razón al autor de las páginas que suscita el presente comentario si, consecuentemente, tenemos bien a la vista dos cosas esenciales: que, justamente —y alguien ya lo ha dicho—, «China es un país de dimensiones enormes y de interminable variedad, con una población muy superior a cualquier otra que se haya reunido jamás bajo un solo gobierno unitario. Las comunicaciones físicas son todavía deficientes. La comunicación social dista todavía mucho de ser perfecta; en realidad, resulta sorprendente lo mal cubierta que está todavía la población rural por la *mass media*, en un país poblado que se supone en manos de un control del pensamiento dictatorial casi universalmente eficaz», y, naturalmente, que «es imposible legislar desde el centro para toda China, y utópico esperar que las localidades pongan en práctica las órdenes del centro sin una presión constante sobre ellas. En este aspecto, China es todavía lo que era en la época imperial: a pesar del impresionante volumen de órdenes descendentes e informes ascendentes, su unidad sigue siendo aún, en gran parte, una unidad ideológica, no una unidad administrativa. Dar la «primacía a la política» significa, entre otras muchas cosas, resolver los problemas provinciales y locales como respuesta a unas políticas que sólo pueden ser formuladas de manera útil por la administración central en los términos más generales; en unos términos a menudo tan amplios que, en la práctica, pueden tener poco más que un valor de recomendaciones; de ahí

RECENSIONES

la barrera de sustentación de reiteración ideológica (que leen los observadores de China), y, además, la muralla de innumerables informes de ejemplos locales de buena o mala aplicación en las variadas circunstancias (que los observadores de China ignoran demasiado a menudo)».

Fijándose a fondo, ha dicho un experto en el tema que ampliamente se debate en este libro, los problemas sociopolíticos de China no difieren gran cosa de todos aquellos que tienen planteados la generalidad de los restantes países del mundo. Ciertamente, «los problemas políticos de China, como los de cualquier sociedad planificada, se basan corrientemente en cuestiones económicas». Lógicamente, pues, el problema fundamental consiste en la distribución del producto económico entre, por una parte, los ingresos individuales, el bienestar colectivo y los fondos de inversión, y por otra, los ingresos y el abastecimiento del estado. Las teorías de Mao sobre los aspectos económicos de la organización social —han escrito recientemente los profesores Cavendish y Gray— son tan importantes como sus teorías sobre la dirección política, pero han sido ignoradas casi por completo en Occidente.

Es obvio, y así nos lo hace notar el autor de este libro, que los acontecimientos que se han producido en China como consecuencia de la llamada «revolución cultural» son motivo de profunda preocupación para todo el movimiento comunista internacional, para todos los amigos sinceros del pueblo chino. Para el doctor Leibzón lo acontecido en China estaba, en cierto modo, previsto: «No podemos decir —escribe— que lo que sucede en China sea algo completamente inesperado. El movimiento comunista, durante varios años ya, combate la ideología de los seguidores de Mao Tse-tung que han roto con la línea general, elaborada en las Conferencias de 1957 y 1960 de Moscú, y se esfuerzan por imponer a todos los partidos comunistas su línea aventurera y ajena a las ideas del marxismo-leninismo. Aquello que Mao Tse-tung ha declarado hoy "gran revolución cultural proletaria" está estrechamente ligado con la orientación aventurera que durante largo tiempo su grupo viene implantando en la política interior y exterior del país.»

Para justificar el subtítulo de la obra, el doctor Leibzón subraya que, en efecto, «en la ideología del maoísmo se entrelazan las ideas anarquistas y populistas de la predestinación histórica, especial del campesinado con la fraseologíaseudorrevolucionaria del trotskismo y los postulados de los antiguos filósofos chinos. Pero lo principal del maoísmo consiste en que el revolucionarismo pequeñoburgués ha sido puesto al servicio del chovinismo belicoso de gran potencia y pretende a la hegemonía mundial. Está a la vista, la degeneración nacionalista del revolucionarismo pequeñoburgués. Y el hecho de que los portadores de esta ideología hostil al marxismo ocupen una posición dirigente en ese enorme país entraña un peligro que jamás tuvo ninguna corriente antimarxista del pasado».

En todo caso, circunstancia que no debemos silenciar, el autor de las páginas a las que nos venimos refiriendo no cree excesivamente en la sinceridad de los resortes que originaron el estallido revolucionario chino: «La historia del Partido Comunista de China ha conocido numerosas manifestaciones del aventurismo izquierdista», y, consecuentemente, «mientras la revolución china atravesaba la etapa anticolonial, antifeudal y democrática burguesa de su desarrollo, numerosos elementos pequeñoburgueses incorporados al Partido Comunista actuaron como revolucionarios, capaces de desbrozar radicalmente el camino para avanzar, quitando de él todas las reminiscencias del feudalismo

y el colonialismo. En aquella época, Mao Tse-tung se manifestaba en el sentido de que la «revolución china debía pasar inevitablemente por dos fases: por la fase de una democracia nueva y, sólo después, por la fase del socialismo, con la particularidad de que la primera fase sería relativamente larga, no se la podría finalizar en un día o dos. No somos soñadores y no podemos abstraernos de las condiciones de la realidad».

Es curioso que, nos dice el autor, «Mao Tse-tung, que sabía actuar como revolucionario cuando había que luchar contra el imperialismo y la reacción interior, resultó ser completamente incapaz de aplicar los métodos sin los cuales es imposible construir con éxito la sociedad socialista. Después de haber sido restablecida la economía nacional destruida a causa de una prolongada guerra, el grupo de Mao Tse-tung quiso imponer al partido una línea que amenazaba conducir al país a una catástrofe económica. Como es natural, esta línea provocó la resistencia de quienes aspiraban a construir el socialismo, apoyándose en la doctrina marxista-leninista y en la experiencia de la Unión Soviética y de otros países socialistas».

¿Cuál es la causa de la total y completa desarmonía que empaña las buenas relaciones entre China y Moscú? A juicio del doctor Leibzón, la cosa resulta muy fácil de comprender, dado que, efectivamente, «los maoístas, al hollar los principios del internacionalismo proletario, han emprendido la senda de ruptura de la colaboración con los países socialistas, con la Unión Soviética, cuya ayuda desempeñó un papel tan importante en las realizaciones de la República Popular China. Las consecuencias de este curso corroboran que un país tan atrasado como lo es China puede avanzar con buen éxito por el camino del socialismo, sólo apoyándose en la comunidad socialista, en su concurso y su experiencia».

Lógicamente, no podía ser de otra manera; el autor de estas páginas dedica cierto espacio a desglosar lo que podríamos considerar, forjando la imaginación al máximo, los remotos orígenes ideológicos del maoísmo. Piensa el doctor Leibzón, y no se recata lo más mínimo de manifestarlo, que, efectivamente, en el maoísmo, que ha crecido en terreno chino, no podían dejar de influir las doctrinas ideológicas, morales y éticas que empezaron a formarse en la antigüedad remota y que a lo largo de dos milenios se inculcaron en la conciencia del pueblo como ideología oficial. La doctrina de Confucio, gran filósofo de la antigua China, se dejó sentir en muchos rasgos del carácter nacional de los chinos y en su modo de pensar.

Inmediatamente, el autor pasa a examinar una de las más curiosas peculiaridades que adornan la figura de Mao: su aureola filosófica. «A diferencia de otros representantes del revolucionarismo pequeñoburgués —subraya—, que no se preciaban de filósofos y no dejaron ninguna obra filosófica, Mao Tse-tung pretende, a todas luces, ocupar un lugar en el panteón filosófico. En su biografía contada a Edgar Snow, periodista norteamericano, destaca que ya en los años mozos «estudia con ahínco la filosofía», lee a Confucio y a otros filósofos chinos de la antigüedad, aunque, como asegura, no le gustaban los clásicos. Dice que leyó a Espinosa, Kant, Goethe, Hegel y Rousseau; sin embargo, sus propias creaciones, en las que abundan tanto las referencias de toda clase, especialmente de las obras de los antiguos filósofos chinos, no lo evidencian así. Según su propia confesión, «admiraba a Kang You-wei y a Liang Tsi-chao, grandes reformadores burgueses de las postrimerías del siglo XIX. Kang You-wei procuraba reformar el confucionismo y ponerlo al servicio de las nuevas fuerzas sociales de China».

RECENSIONES

Lo realmente curioso de estas páginas radica, en nuestra forma de ver, en una sola pregunta: ¿Hasta qué punto es marxista Mao? El autor se apresura a subrayar que, justamente, «sólo a la edad de veintisiete años conoció por primera vez Mao Tse-tung un libro marxista (*Manifiesto del Partido Comunista*), y a partir de esta época se considera marxista. Pero las ideas marxistas cayeron en un terreno profusamente sembrado de opiniones que no tenían nada de común con el marxismo. Estaba latente el peligro del surgimiento de un híbrido, y esto sucedió. Pasarán años y Mao Tse-tung figurará como autor de trabajos filosóficos. En la actualidad, todos estos trabajos, sin excepción, empezando por dos conferencias: «En torno a la práctica» y «En torno a la contradicción», que vieron la luz en 1937, son declarados oficialmente en China «brillante aporte al tesoro de la filosofía marxista-leninista mundial» y «enriquecimiento y desarrollo del materialismo dialéctico». Pero en realidad, en estos trabajos de Mao se compaginan de modo ecléctico la exposición simplista de las tesis, conocidas hace tiempo, del materialismo dialéctico y el «aporte» individual del autor, que se expresa en la sustitución del materialismo marxista por el idealismo marxista, y de la dialéctica por la metafísica».

Se ha llegado a considerar a Mao como una especie de doctrina sociopolítica viviente. Muchísimas son las consideraciones que podríamos traer al respecto. Recordemos, sin embargo, una sola cosa que ya Lin Piao, cuando gozaba de absoluta fortuna y confianza, enarbolaba más alto que nadie la bandera roja de las ideas de Mao Tse-tung. El hecho de que en la China, afirma el autor, haya base objetiva para las ideas voluntaristas y las especulaciones fantásticas de todo género no hace que éstas sean acertadas, ni justifica en lo más mínimo las acciones prácticas erróneas fundadas en ellas. La sustitución del materialismo por el idealismo lleva, tarde o temprano, a un atolladero, conduce a la bancarrota, porque en la vida puede arraigar sólo aquello que refleja correctamente sus necesidades reales y sus leyes. Haciendo pasar el idealismo subjetivo por materialismo marxista, Mao interpreta también a su manera la dialéctica marxista. La unidad y la lucha de contrarios, que es una ley de desarrollo debida a las contradicciones internas de los fenómenos, Mao las reduce a un esquema primitivo que carece de importancia práctica para el análisis de la realidad. La diversidad de la vida, con sus contradicciones, distintas por su carácter—necesarias y casuales, esenciales y secundarias, antagónicas y no antagónicas—la sustituye con una simple enumeración de los contrarios. En los albores del conocimiento científico del mundo, los antiguos filósofos chinos hacían casi lo mismo.

De todas formas, el doctor Leibzón anda muy lejos de quedar convencido por la sinceridad ideológica del maísmo y, consecuentemente, lo primero que pone en duda—rigurosa duda—es la concepción marxista defendida por Mao: «Los intentos de hacer pasar por marxismo ideas que no tienen nada de común con éste toman formas diferentes. En particular, una discusión filosófica celebrada en 1964, que precedió a la llamada revolución cultural, evidencia que la dialéctica es sustituida por la metafísica. Según comunicó la prensa china, dicha discusión “por el número de sus participantes, su influencia y su importancia fue algo inusitado en nuestros círculos científicos a lo largo de muchos años”».

En otro lugar del libro el autor pasa a destacar, entre otras muchas cosas, la importancia que para el movimiento maoísta encierra el saber ser auténtico revolucionario:

RECENSIONES

«Para los anarquistas no existen los conceptos revolución "burguesa", "democrática burguesa", "socialista". Los problemas concretos que está llamada a solucionar cada una de ellas y las complicadas relaciones de las etapas sucesivas de la lucha revolucionaria son solucionados por ellos muy sencillamente; reducen el concepto "revolución" al motín espontáneo, que debe ser, según dicen, una "liquidación social". Se liquida el Estado, la vieja cultura, se destruye todo lo que puede ser destruido, y la nueva sociedad surge en un lugar "limpio". De aquí la afirmación que el revolucionario "conoce sólo una ciencia, la de la destrucción"; de aquí que las esperanzas se cifren en el instinto innato de rebeldía, de indignación, inherente, al parecer, a cada persona. Al tropezar, con una organización cada vez mejor del movimiento obrero, desembarazado ya de las ingenuas ideas rebeldes que lo acompañaron en un principio; los anarquistas declararon que la clase obrera era incapaz de luchar. Bakunin, nos recuerda el autor, dividía a todos los pueblos en capaces e incapaces de hacer la revolución. A su juicio, los pueblos que no experimentan dificultades económicas pierden el espíritu revolucionario; pueden ser revolucionarios sólo los pueblos pobres; ante todo, los pueblos en cuyo seno predominan los campesinos. El campesinado—he aquí el gran descubrimiento del maoísmo— fue declarado portador espontáneo de las ideas socialistas.»

Considera el doctor Leibzón que el culto a la violencia constituye la base central, en cierto modo, del evangelio maoísta: «De acuerdo con los planteamientos de los maoístas, los pueblos de los países en vías de desarrollo, que han tomado la senda del desenvolvimiento nacional independiente, deben derrocar por las armas sus respectivos gobiernos y proclamar inmediatamente la edificación del socialismo. En Pekín arremeten contra los partidos comunistas de los países capitalistas desarrollados por considerar éstos la lucha por las necesidades perentorias de los trabajadores, por la democracia y por la paz como vía que conduce a la victoria del socialismo. Esta lucha es difamada como oportunismo sólo por no desembocar todavía en revoluciones. Basta referirse a la actitud de Pekín ante la actividad parlamentaria de los comunistas y ante la lucha abnegada de éstos en defensa de la democracia. La dialéctica de la historia es tal que, a medida que se desarrolla el movimiento de liberación y la influencia de la clase obrera, la burguesía monopolista empieza a molestar con el orden democrático burgués. Despliega su ofensiva contra las libertades democráticas, se empeña en revisar la Constitución y trata de abolir las leyes más o menos progresistas. En estas condiciones, la defensa de la democracia, una democracia limitada, una democracia burguesa formal en muchos aspectos, y el movimiento por ampliarla y modernizarla se convierten en una lucha contra los monopolios que socava los pilares del régimen capitalista.»

Uno de los apartados más sugestivos del libro lo constituye el referente al estudio de la proyección internacionalista del maoísmo: «La labor que los grupos maoístas vienen realizando en los países europeos muestra cómo se imaginan el espíritu revolucionario en las condiciones actuales. Son actos terroristas, incendios, obstrucciones, peleas a brazo partido, puñaladas y otros procedimientos no muy originales propugnados en su tiempo en vano por los anarquistas, procedimientos que no se justificaban en aquella época y que son absurdos, con mayor razón, ahora, en las condiciones del movimiento obrero masivo y organizado. Así pues, los maoístas reconocen como acción revolucionaria sólo la guerra revolucionaria, sólo la sublevación armada; cualquier otra lucha contra las clases dominantes se considera como oportunismo y traición. Tal estandarización de los

RECENSIONES

métodos y las formas de lucha no tiene nada de común con el espíritu revolucionario verdadero. El análisis de las particularidades de la época actual ha mostrado que en determinadas condiciones hay posibilidad real de unir a la mayoría del pueblo, obtener la victoria de la revolución socialista y conquistar el poder estatal sin la guerra civil.»

Para el autor del libro que suscita el presente comentario crítico resulta evidente, y creemos que su tesis es bastante acertada, que, efectivamente, no hay ni puede haber formas universales de lucha que sirvan en cualquier situación. Lo que en unas condiciones parecía ser lo único posible y desempeñaba justamente un papel revolucionario, puede ser antirrevolucionario en otra situación. Y, por el contrario, lo que en su tiempo fue una manifestación de renuncia a la lucha revolucionaria, en otras condiciones históricas puede ser una forma importantísima de lucha por el desarrollo de la revolución. La tendencia a hacer universal una forma de lucha es de por sí dogmática y, en esencia, antirrevolucionaria. Las formas de lucha no las inventa nadie, nacen en el propio movimiento de las masas y dependen de las peculiaridades concretas de cada momento histórico.

Páginas más adelante, el doctor Leibzón afirma sin recato alguno, la tesis nos parece cierta a medias, que los maoístas no creen o no ven fácil el triunfo del socialismo: «Antes los trotskistas negaban la posibilidad del triunfo del socialismo en un solo país, ahora los adeptos de Mao Tse-tung niegan la posibilidad de la victoria del comunismo en la escala de unos cuantos países, reconociendo esta posibilidad sólo en el plano mundial. Niegan que en la situación actual, en un mundo en que subsiste todavía el imperialismo, pueda realizarse el programa de edificación de la sociedad comunista. Los adeptos de Mao dicen—lo mismo que en su tiempo afirmaban los trotskistas con respecto a la sociedad socialista—que resolver en la práctica el problema acerca de la sociedad comunista en un solo país o en varios países, mientras en el mundo existe todavía el imperialismo, significa aspirar a lo imposible; significa proceder sin sentido de responsabilidad y en oposición al internacionalismo proletario.»

Brevemente, pero con toda profundidad, el autor enumera las condiciones elementales que pueden hacer factible el triunfo del socialismo, a saber: «el socialismo puede afianzarse sólo sobre la base de una industria altamente desarrollada, de una técnica avanzada, arraigada en todas las esferas de la economía nacional. Un país atrasado, en el cual el poder político pertenece a las clases trabajadoras, puede evitar la fase capitalista de desarrollo, pero no puede evitar la fase de la creación de la base material y técnica del socialismo. Por mucho que se acelere el ritmo de desarrollo económico después del triunfo de la revolución, es imposible lograr éxitos en la edificación del socialismo saltando las etapas. Con toda su fuerza transformadora, la política puede ser acertada sólo en el caso de que no sea opuesta a la economía, sino que correspondá a ella o, como decía Lenin, se convierta en una expresión concentrada de la economía.»

Algunas páginas son consagradas al estudio de un tema profundamente interesante: el análisis del concepto de «la revolución permanente», que, en rigor, constituye la esencia de la doctrina maoísta: «Los maoístas comenzaron a presentar la "revolución permanente" como el único camino para solucionar todos los problemas sociales, como medio que "estimula siempre el entusiasmo de los cuadros y de las masas", y el aparato propagandístico empezó a ensalzar a Mao como creador de la doctrina de la revolución en las condiciones de la dictadura del proletariado. La variante maoísta de la teoría

de la "revolución permanente", aplicada a las tareas internas del país, preconiza que los problemas de la creación de una sociedad nueva, aparentemente hace tiempo solucionados, se volverán a plantear una y otra vez con una agudeza creciente.»

Lógicamente, no podía ser de otra forma, uno de los apartados de este libro está consagrado al examen de lo que el autor considera explícitamente como «la fanfarronería maoísta». «Como exponente de la "estabilidad" dogmática de las formulaciones propias de los adeptos de Mao es característico un artículo de *Jenmin Jihpao* del 27 de octubre de 1958, titulado "El camarada Mao Tse-tung, acerca de que el imperialismo y todos los reaccionarios son tigres de papel". Dicho artículo recoge algunas manifestaciones hechas por Mao durante veinte años. La redacción del periódico habla con gran satisfacción de que este material "produce la impresión de un nuevo artículo político acabado". En efecto, todas las definiciones recogidas en el referido artículo, expresadas en el curso de un período prolongado y en situaciones diferentes por completo, son extraordinariamente parecidas unas a otras. En 1940, los "tigres de papel" eran los chankaichistas. En 1946, el "tigre de papel" adquiere otra apariencia: "la bomba atómica es un tigre de papel, con el cual la reacción norteamericana asusta a la gente. Por su apariencia es temible, pero en realidad no es temible en absoluto". En 1957, Mao Tse-tung declaró que el imperialismo norteamericano "es un tigre de papel", y en 1958 dijo que "el imperialismo y todos los reaccionarios, si se miran en su esencia, en una perspectiva larga y desde el punto de vista estratégico, deben considerarse tal como son: tigres de papel". En la década del sesenta, los "revisionistas" son declarados asimismo "tigres de papel". La vana fanfarronería, con la cual se echan al montón de "tigres de papel" las fuerzas más disímiles: desde Chang Kai-shek hasta el imperialismo norteamericano y los llamados revisionistas tienen por finalidad insinuar que la prueba bélica de fuerzas con el imperialismo es una cosa muy fácil y que no es tan difícil "horadar al tigre de papel". Al propio tiempo, esta fanfarronería persigue el objetivo de difamar a los que luchan efectivamente contra el imperialismo y comprenden que para frenar la reacción internacional e impedir que arrastre a la Humanidad a una nueva guerra mundial es necesario estar alerta en todo momento y movilizar a todas las fuerzas y los pueblos amantes de las paz, a fin de que estén preparados para dar una réplica contundente a las acciones agresivas del imperialismo. Los maoístas, que reconocen de palabra únicamente la eficacia de medios militantes de lucha de clases, eluden por ahora otras formas de lucha, calificándolas con desprecio de manifestaciones del oportunismo y el revisionismo. Pero nadie en el mundo toma como algo eficaz los improperios dirigidos a los imperialistas y las infinitas "advertencias serias". Se trata del mismo toque de tambor que acompaña al revolucionarismo pequeñoburgués desde el día de su nacimiento y que está llamado a encubrir su inactividad revolucionaria.»

Refiriéndose concretamente al campo de las relaciones internacionales, el autor de este libro no duda un solo segundo en denunciar a los maoístas como los causantes, en gran parte, de la inestabilidad sociopolítica internacional. Para el doctor Leibzón, está, pues, bastante claro que los maoístas no hacen otra cosa que fomentar el no entendimiento internacional: «Todo intento de aliviar la tirantez internacional es declarado de antemano por los maoístas crimen contra la revolución mundial. En 1959, en un encuentro con los dirigentes de los partidos comunistas latinoamericanos, Mao Tse-tung dijo: "Ninguno de vosotros tiene que temer la tirantez internacional. A mí,

RECENSIONES

personalmente, me gusta la tirantez internacional." A quienes oyeron esta declaración, hecha por una persona que se precia de marxista, les pareció que probablemente se trataba de un malentendido. Pero la política exterior aplicada posteriormente por Mao Tse-tung dejaba cada vez menos dudas de que éste deseaba en realidad tener continuamente al mundo al borde de la guerra. A medida que la política exterior del grupo de Mao Tse-tung llevaba el país al aislamiento y escavaba cada vez más el prestigio internacional de China, y la política interior conducía a la multiplicación de las dificultades, se hacía cada vez más franca la orientación de los dirigentes pekinenses hacia la guerra. Las explosiones de las bombas atómicas chinas fueron la señal para atizar la psicosis bélica en el país. Ahora las perspectivas del socialismo en China se colocan en dependencia directa del triunfo de la revolución mundial; resulta que, de aquí en adelante, todos los problemas en China y sus contradicciones internas pueden ser solucionados sólo a condición de que la "bandera de las ideas de Mao Tse-tung ondee sobre todo el planeta".

De todas formas, el movimiento ideológico maoísta tiene un terrible enemigo en los llamados "revisionistas". Los maoístas declaran, subraya el autor, enemigo más peligroso no al imperialismo, sino a los llamados revisionistas. De aquí la consigna: "Para derrotar al imperialismo norteamericano hay que acabar antes con el revisionismo internacional." Los maoístas, al declarar a los países socialistas y a todo el movimiento comunista internacional cómplices de los imperialistas, consideran que ahora tienen ya todos los fundamentos para reducir la lucha contra el imperialismo a las amenazas meramente verbales, concentrando todo el fuego contra los países socialistas y desplegando una campaña sin precedentes por su hostilidad contra la Unión Soviética. Las provocaciones armadas de los maoístas en la frontera soviético-china tienen por fin crear en el país un ambiente de histerismo bélico y azuzar al pueblo chino contra el pueblo soviético. Los fuertes choques armados, provocados por el grupo de Mao Tse-tung en la zona de la isla Damanski, en el Ussurí, se produjeron precisamente en vísperas de la apertura del llamado IX Congreso de PCCh. Este congreso, concebido por sus organizadores como una reunión belicosa de los expansionistas, necesitaba un clima correspondiente. Las provocaciones fronterizas tenían por finalidad crear la tirantez chovinista en el país, aunque el objetivo de estas provocaciones no se reducía a las demandas corrientes de la camarilla dirigente de China.»

A la vista, pues, del texto antecedente, no debemos sentirnos sorprendidos lo más mínimo si observamos que el autor subraya de manera concreta los matices peculiares del sistema comunista chino como radicalmente opuesto al soviético. De entre las muchísimas tesis que el doctor Leibzón esgrime hay una que no debemos silenciar, y que acaso sea la que marque la más honda diferencia entre uno y otro sistema, a saber: la crítica del control excesivo de la vida privada en China. «La descarada intervención en la vida privada de la persona y el permanente control ejercido sobre cada uno adquieren carácter general. En 1957, *Jenmin Jihpao* (número del 12 de enero), en respuesta a una carta cuyo autor protestaba contra el sistema en virtud del cual un comunista podía contraer matrimonio sólo después de que su solicitud hubiese sido examinada en tres instancias de partido, obligaba a las organizaciones de partido a "ayudar a los novios a conocer sus opiniones políticas, a fin de evitar malentendidos y posibles consecuencias tristes". El periódico en cuestión explicaba que las organiza-

ciones de partido debían dar consejos “no sólo en cuanto a las opiniones políticas del futuro cónyuge, sino también en otras cuestiones”, y ayudar a sus miembros a “conocer mejor el carácter y la concepción del mundo de su futuro cónyuge”. Dicha indicación termina con las siguientes hipócritas palabras: “Acciones de esta índole no pueden considerarse un atentado contra la libertad de los miembros del partido de contraer matrimonio.” En todas estas “instrucciones” ni siquiera se alude a conceptos como el amor y el sentimiento. Desde entonces, la ideología maoísta del “comunismo cuartelero” se ha concretizado todavía más. Ahora el concepto “amor” ha sido sustituido por el de “instinto de atracción al sexo contrario”. Este “instinto” se considera como una de las manifestaciones más perniciosas del individualismo burgués. El aplastamiento de los sentimientos naturales humanos, la limitación erigida en ideal y el dominio dictatorial sobre todo esto del presidente Mao, que reprime implacablemente la menor desviación del modelo “comunista” creado por él, tal es el despotismo implantado en China.»

Evidentemente, innecesario es el indicarlo, uno de los capítulos más interesantes del libro lo constituye el referente al estudio del «culto a la personalidad». Para el autor de estas páginas, el culto a Mao Tse-tung ha cobrado formas verdaderamente monstruosas. Todos los logros del Partido Comunista y del pueblo chino, todos los triunfos de la revolución y de la construcción se atribuyen sólo a Mao. En la prensa controlada por los maoístas no se encuentran los nombres de aquellos que crearon el partido, y toda la historia de éste es interpretada de manera que se enaltece únicamente a Mao. Todos los acuerdos del partido no son más que la concretización de sus ideas, que expresan la «sabiduría suprema del pueblo chino». Una multitud de propagandistas se devanan los sesos buscando epítetos y metáforas que endiosen a Mao Tse-tung. Se lleva a cabo una competición patológica en el histerismo. En un principio, Mao era comparado con el Sol, luego se empezó a afirmar que en el mundo hay «dos soles rojos, uno en el cielo y el otro entre los hombres». Después, tampoco esto pareció suficiente, puesto que «el Sol sale y se pone y las obras del presidente Mao irradian luz siempre». Desde hace tiempo, todo lo escrito por Mao Tse-tung se presenta oficialmente como cierta «llave de oro» universal, con el concurso de la cual se pueden solucionar cualesquiera problemas, grandes y pequeños, hasta los más insignificantes, que se refieran a la vida privada de la persona. Todos los errores cometidos en la política económica, que no pueden ya ser callados, se explican muy sencillamente: los atribuyen a los que entendían de modo unilateral y llevaban mal a la práctica las «indicaciones geniales» de Mao. Pero, en cambio, si se cumple la exigencia, inculcada incansablemente por la prensa, de «leer los libros del presidente Mao, obedecer al presidente Mao, ser un buen combatiente del presidente Mao», entonces el éxito estará asegurado siempre y en todo.

En definitiva, conclusión a la que se llega en este libro, la desmesurada desfiguración que ha supuesto el culto a la personalidad de Mao ha producido un auténtico fruto amargo: la práctica del culto a la personalidad redundó en perjuicio de los intereses del pueblo y dificulta la lucha contra el imperialismo y la lucha por el socialismo. Sin embargo, nos hace notar el autor de esta obra, el culto a la personalidad ciega no sólo a quien adora al ídolo, sino también a quien se convierte en ídolo. En su afán de asegurarse la inmortalidad, Mao echa a la hoguera crítica de

la historia tanto combustible, que, tarde o temprano, los mitos creados por él quedarán reducidos a ceniza.

El doctor Leibzón hace una detenida referencia de lo que considera como el dogmatismo maoísta. En sus procedimientos de destrucción, los maoístas han superado todo lo conocido antes. Se portan como fiscales supremos, poseedores de una sabiduría infalible. No reconocen el intercambio de opiniones, tradicional en la práctica de los partidos, sino preconizan verdades indiscutibles, sin dignarse escuchar los argumentos de la otra parte. Convierten la discusión en querrela, sin detenerse ante las calumnias más infames, descartando de antemano la posibilidad de establecer la unidad. Sus discursos nunca tienen el fin de superar las contradicciones, sino de agudizarlas hasta el extremo.

Para el autor está bastante claro que el movimiento ideológico del maoísmo está profundamente degenerado, a saber: «En cuanto al maoísmo, éste ha degenerado en la ideología y la práctica de un *chovinismo* desenfrenado que se encubre con la fraseología internacionalista sólo como un manto muy cómodo para ocultar su verdadera esencia. Las peculiaridades históricas del desarrollo de China explican la vitalidad y las raíces del nacionalismo en el país. Como país de una antigua cultura, China, durante un período prolongado, no tuvo de hecho ningún contacto con los pueblos de una cultura igual o superior. El aislamiento milenario y el ostracismo engendraban la sospecha a todo lo extranjero y contribuían a la propagación del racismo, de las ideas reaccionarias del papel histórico especial de la raza amarilla y de la superioridad cultural del *“Imperio de toda la Tierra” sobre el resto del mundo.*»

Observando el movimiento maoísta desde la perspectiva de las relaciones internacionales, se apresura el autor a afirmar que, efectivamente, el ultraje suele ser el arma o el método político maoísta consuetudinario dentro del marco de la política internacional: «En la política exterior, con respecto a sus vecinos más próximos, Pekín aplica la misma política *chovinista* de ultraje a la dignidad nacional de los demás pueblos. La campaña antimongola, la actitud soberbia de los maoístas hacia el pueblo de Birmania, las constantes amenazas a Nepal y a la seguridad de la India, las intrigas contra Kenia, cuesta trabajo siquiera enumerar todos los actos hostiles cometidos por los maoístas contra otros países. En todas partes, en cualquier país donde tienen la menor oportunidad, los maoístas hacen provocaciones, utilizando a los estudiantes chinos o a la población china local. Los dirigentes chinos, hasta en los documentos diplomáticos, se permiten francos insultos y la intimidación con las amenazas.»

Pone punto final el autor a la obra que ocupa nuestra atención haciendo una cumplida referencia de tres puntos esenciales de lo que en la actualidad supone el maoísmo: el conflicto chino-soviético, el categórico nacionalismo chino y, finalmente, el fomento de la política de absoluto aislamiento. Para el doctor Leibzón no ofrece duda el hecho de que han sido los propios líderes chinos los primeros que dieron el paso conducente al fomento de las hostilidades con la URSS, dado que, justamente, «los maoístas, cuyo primer paso fue silenciar la solidaridad internacional y el papel de la Unión Soviética en la victoria de la revolución china, fueron más lejos todavía. Empezaron a denigrar la inmensa ayuda económica prestada por la Unión Soviética a China. A los especialistas soviéticos que trabajaban en numerosas obras y ayudaban a modernizar las empresas se les creó, por orden de los maoístas, una situación inso-

portable. Se les persiguió, se les dio de lado ostensiblemente y fueron objeto de provocaciones. La Unión Soviética tuvo que retirar a sus especialistas. Entonces los maoístas desplegaron una ignominiosa campaña de calumnias, acusando a la URSS de que se negaba a la colaboración económica con China. Poco después se empezó a arrancar la marca de fábrica de las máquinas-herramienta y los equipos que en grandes cantidades venían de la URSS». Según esto, nos advierte el doctor Leibzón, resulta que los maoístas entienden por internacionalismo una sola cosa: el apoyo incondicional de sus puntos de vista, el derecho de recibir ayuda de los demás pueblos y el de inmiscuirse descaradamente en sus asuntos internos.

Consecuentemente, leemos en otro lugar de este libro, los partidos comunistas de muchos países han sentido en carne propia qué significan en la práctica las pretensiones maoístas al derecho de hablar en nombre de otros pueblos y de imponer en forma grosera sus puntos de vista. La propaganda del «carácter general» de la experiencia de la revolución china tiene, a todas luces, un contenido chovinista y está supeditada a los objetivos de gran potencia.

Se conocen, afirma el autor, las consecuencias de la aplicación de la «experiencia china» por los comunistas de algunos países asiáticos. En una situación en la cual en dichos países faltaba un amplio movimiento campesino, los partidos comunistas que intentaban librar una lucha armada sin el apoyo de las masas resultaron aislados del pueblo. Fueron acorralados en la jungla y se privaron ellos mismos, debido a su política sectaria, de la posibilidad de ejercer una influencia algo real en la vida nacional. La orientación de la dirección del Partido Comunista de Indonesia hacia la línea impuesta por Pekín tuvo consecuencias trágicas para su destino. Uno de los partidos comunistas más importantes de Asia sufrió una crudelísima derrota, siendo liquidados brutalmente centenares de miles de comunistas indonesios.

Otro de los grandes defectos del movimiento maoísta, a juicio del autor de estas páginas, lo constituye el categórico nacionalismo que defiende: «A lo largo de varios años, en China se exalta sistemáticamente todo lo chino y se inculca la idea del papel dirigente especial de la raza amarilla en la civilización mundial. La prensa china se las ingenia para demostrar que cuando “los pueblos modernos, los llamados pueblos cultos, acosaban a las fieras en los bosques, China poseía ya una elevada cultura”; que en China todo tenía carácter “clásico”, y hasta el régimen esclavista anticipó aquello que hubo posteriormente en Grecia y Roma; que América fue “descubierta” por los chinos mil cuatrocientos años antes de Colón. El enaltecimiento de todo lo chino va acompañado de injurias a todo lo extranjero, del afán de aislarse de los forasteros, de la erección de una “gran muralla china” nueva y de pretensiones territoriales a los países vecinos. El centrismo chino de gran Han se convierte en el principio oficial de la interpretación de la Historia universal. Para satisfacer las demandas de la ideología chovinista y el racismo se rechazan todas las apreciaciones que no quepan en el nuevo esquema y se crean precipitadamente versiones supeditadas a fines bien claros. No hace mucho todavía, los historiadores chinos caracterizaban el yugo mogol como sanguinario, destructor, que había causado enormes daños al desarrollo de la sociedad china, y calificaban a Gengis-Kan de “agresor de los que hubo pocos en la Historia de la Humanidad”. Ahora Gengis-Kan ha sido rebautizado como heraldo de la cultura. Resulta que “sus caballos de batalla rompieron las murallas de hierro

RECENSIONES

de 40 Estados grandes y pequeños en los cuales estaban encerrados los pueblos...". El aniquilamiento de 40 Estados no pudo realizarse, naturalmente, sin derramamiento de sangre y destrucciones, pero ¿qué importancia tiene esto en comparación con la fortuna que los pueblos conquistados tuvieron de "conocer una cultura más elevada, de la cual podían aprender"?»

Finalmente, el autor de estas páginas dedica certeros dardos a la política aislacionista maoísta, y, lógicamente, subraya que los adeptos de Mao Tse-tung intentan por todos los medios hinchar el aislamiento afroasiático, sembrar la desconfianza a todo lo occidental, independientemente de si se trata de las fuerzas de la reacción o del movimiento obrero, de los Estados imperialistas o de los países del socialismo. En una charla con una delegación de la organización palestina de los árabes, celebrada en abril de 1963, Mao expresó más francamente que nunca sus opiniones nacionalistas y racistas. La prensa de Beirut citó estas palabras de Mao Tse-tung: «Asia es el continente más grande. Occidente está dispuesto a continuar desempeñando el papel de explotador de Asia. Occidente no nos quiere, y tenemos que reconocer este hecho. La lucha de los árabes contra Occidente es la lucha contra Israel. Por eso los árabes debéis boicotear también a todos los representantes de Occidente, a Europa y a Norteamérica.»

Según vemos, nos indica el doctor Leibzón, Mao no arremete contra los países imperialistas, no desenmascara a Israel como instrumento en manos del imperialismo americano-inglés; aspira a contraponer los árabes a Occidente en general, incluyendo en éste también a los países socialistas, apoyo verdadero de la independencia nacional árabe. La sustitución de la lucha antiimperialista por la lucha contra Occidente en general se manifiesta en los partidarios de Mao en su política respecto a los países en vías de desarrollo, en la cual lisonjean a las fuerzas reaccionarias del Japón y de otros países asiáticos. Y esta línea nacionalista no se puede encubrir con fraseología internacionalista. Se hace cada vez más claro que la revolución mundial en torno de la cual alborotan tanto los maoístas, para éstos no es otra cosa que la realización de las desorbitadas aspiraciones de gran potencia de Pekín.

El lector atento de estas páginas no dejará de advertir la curiosa—por no decir sugestiva—tesis que defiende el autor de las mismas, a saber: que, en rigor, la «revolución cultural» no significa otra cosa que la crisis auténtica del maoísmo. «Mao Tse-tung hace lo que en su tiempo no logró hacer Trotski. El puntal del poder no son ahora ni la clase obrera ni los campesinos, sino el estudiantado y hasta los adolescentes, que, lejos de tener experiencia política alguna, no saben nada en general. La aspiración de la juventud a "dar inmediatamente una forma activa" a sus impulsos fue utilizada para perseguir a los intelectuales, allanar las instituciones y simplemente para cometer desmanes, con la particularidad de que, al hacerse esto, se instigaban los propósitos manifiestamente arribistas de una parte de la juventud a la que le prometieron los cargos de las personas que ésta ayudaría a "derrocar". El desenfrenado afán de recibir cargos cobró proporciones tan grandes, que al poco tiempo los maoístas tuvieron que reprochar a la juventud de arribismo y de olvido de los ideales. Con el correr del tiempo, de los reproches hubo que pasar a las amenazas a los participantes en la "revolución cultural", "que pensaban demasiado en su yo egoísta", que "no superaban el anarquismo".»

RECENSIONES

Descubre el autor algo realmente curioso, y así lo expone, que «los maoístas no eliminan todas las costumbres e ideas viejas. Y cómo puede rechazar Mao todo lo creado bajo el feudalismo, cuando en sus sentencias se apoya preferentemente en los filósofos de la antigua China y en las viejas parábolas. Se ha calculado que de todas las citas y referencias, tan abundantes en las obras de Mao, el 22 por 100 corresponden a Confucio y a los neoconfucianos; el 12 por 100, a Lao-tzu y a los discípulos de su escuela, y el 13 por 100, al folklore y las leyendas. Qué lejos ha ido, pues, la descomposición de la ideología, que, al surgir sobre una base nacional, tiene que, para conservar sus posiciones, combatir todas las tendencias progresistas de su pueblo y declararlas producto del feudalismo y el capitalismo. Mao y sus adeptos arremeten contra todo lo progresista, de importancia universal, que había en la vieja cultura china. Prohíben también las obras de la literatura universal, entre ellas las de Shakespeare, Romain Rolland y Tolstoi, por su humanismo, opuesto a la ideología y la práctica inhumanas de los maoístas. ¿Hasta qué vacuidad ideológica hay que llegar para renegar de todos los magnos tesoros espirituales de la cultura universal y ver su salvación en el ofuscamiento de la conciencia de las masas y en el levantamiento de una nueva "muralla china"? La "revolución cultural", su idea y los métodos de su realización evidencian una profunda crisis política y ha provocado agudos conflictos y colisiones sociales en el país».

En definitiva, tesis final del doctor Leibzón, el grupo de Mao Tse-tung ha hecho retroceder el país ya no sólo en el aspecto económico, sino también en lo social. Ha conducido a que las posiciones del Partido Comunista de China y de la clase obrera se hayan debilitado gravemente, a que se haya desenfrenado el elemento pequeño-burgués y anárquico y a que se haya creado una seria amenaza para las conquistas sociales en China. El grupo maoísta avanza por el camino en que se hace real la perspectiva de su completa degeneración en una dictadura burocrática militar—emparentada con el despotismo asiático—que recurre a los métodos más insólitos para conservar su dominio y que es capaz de cualesquiera aventuras en la política exterior.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

MANUEL FRAGA IRIBARNE: *La República*. Editorial Planeta, 2.^a edic., 246 pp., enero 1974.

El último libro de Fraga Iribarne tiene un título expresivo, pero tal vez equívoco para algún lector que busca en el mismo argumentos relacionados con la forma de gobierno y encuentra nueve *diálogos*, al estilo griego, en los que desarrolla un tema eterno e inagotable: la República, *la cosa pública*, como suma de las relaciones políticas.

Nueve personajes, que el autor pretende que representen a la sociedad española, conversan, en animada reunión, sobre polémicos temas, que comienzan por el análisis del ser humano en sociedad, de la familia, de las escuelas, del mundo de trabajo, de la política y de los gobernantes, de la ilusión en política, de la guerra y la diplomacia y, por último, de la Ciudad de Dios.

RECENSIONES

El libro tiene un propósito claro que aparece nítidamente expresado en sus primeras páginas: «Va contra dos actitudes comodísimas: el *inmovilismo* y la *coniestación*. Los partidarios de mantener a ultranza todo lo existente, definiéndolo como tradicional (aunque sea de anteayer), verán en él demasiadas concesiones al cambio. Los fautores de un progresismo "a tumba abierta" lo juzgarán tímidamente reformista. Lo siento muchísimo; intentaré que en el diálogo sus respectivas posiciones estén honestamente representadas y explicadas; pero no ocultaré que, a mi juicio, lo que hoy predomina en el coloquio es la vía de en medio, el camino del centro. Nunca he ocultado que ése es mi camino; pero, además, creo sinceramente que ése sería el resultado del diálogo real, expreso o tácito, de los españoles de hoy; de la república española, tal como función de verdad.»

Muchas de las ideas que Fraga Iribarne ha considerado en anteriores obras suyas, tales como *El desarrollo político*, *Legitimidad y representación*, *La crisis del Estado*, *Guerra y diplomacia*, etc., son ahora presentadas en forma dialogada y constituyen la esencia del ideario político denominado *centrismo*, del cual es su promotor y cabeza visible. Idea política que pretende impulsar para dar inquietud y madurez a esa *mayoría silenciosa* de la vida política del país, numéricamente importante, genuinamente representante de la sociedad española actual, que busca en la libertad política los dos fundamentos que señala el autor: el poder alcanzar *la felicidad* o al menos intentarlo y la *creatividad*, ya que «hay que dejarle pensar, investigar, crear empresas para el progreso personal y social. Los límites, derivados de la libertad de los demás (que también tienen derecho a ser libres y creativos), deben justificarse».

Partiendo del *desarrollo político*, define éste, en su esencia, diciendo que «el *orden* social y político resulta de un equilibrio de muchos factores: económicos, jurídicos, educativos, etc. Si es elástico, soporta cambios y reformas y va incorporando dosis cada vez mayores de justicia y libertad. Si es rígido, salta en pedazos, de modo revolucionario. Por eso es equivocado el intento de los que, en nombre del orden, se oponen a los cambios cuando éstos, hechos oportuna e inteligentemente, son los únicos que lo pueden mantener».

La antorcha política que ha encendido tiene amplitud de vuelos y le acredita como uno de los eficaces y grandes políticos de nuestro tiempo con formación y mentalidad de auténtico estadista.

Desde hace muchos años Manuel Fraga Iribarne ha estado vinculado a nuestra *Revista de Política Internacional*, y como director del Instituto de Estudios Políticos le comunicó su dinámico impulso, característica peculiar suya que ha creado un estilo propio, puesto de manifiesto lo mismo en su Cátedra de profesor universitario como de secretario del Instituto de Cultura Hispánica, de diplomático y de ministro. Su actividad en *la cosa pública* ha sido variada e intensa, y a los cincuenta años de edad ha adquirido una plenitud intelectual, un conocimiento realista de los problemas y una serenidad para su resolución, que quedan patentemente puestos de manifiesto en las expresiones y conceptos de los interlocutores. Con rigor y gran capacidad de síntesis define los hombres políticos diciendo:

«Los *conservadores* de todos los tiempos estiman que es mejor no mover las cosas que están quietas, por si acaso; y que los cambios deben ser lentos, meditados y, en realidad, reducidos a lo indispensable para conservar lo demás.»

«Los *reaccionarios* de todos los tiempos estiman que cualquier tiempo pasado fue mejor, que el hombre y sus sociedades están en perpetua decadencia, que los más sanos y energéticos deben resistirla, y, si pueden, volver las cosas a su estado anterior. Ya Nicolás Maquiavelo observó que hay en ello cierto espejismo; y es que de lo pasado recordamos lo glorioso, y no lo malo.»

«Los *progresistas* parten de la base de que, hasta llegar a ellos, los hombres fueron miopes, mediocres y egoístas, pero que, al fin, las cosas se van a arreglar si solamente se les deja a ellos...»

«Los *revolucionarios* piensan que, para empezar a hablar, tienen que rodar unos miles de cabezas, y que luego hay que cambiar todas las *estructuras*. Suelen empezar en una mística y terminan en una policía secreta.»

Especialmente atractivas son las consideraciones que sobre la familia y la escuela figuran en el libro, señalando como virtudes a desarrollar por los maestros: el espíritu de trabajo no rutinario; la conciencia de la «obra bien hecha»; el respeto al mérito; el espíritu de sacrificio; la tolerancia y la convivencia.

En el diálogo-texto sobre el Estado y los príncipes que lo gobiernan se recogen interesantes conceptos sobre política, y así podemos leer:

«La política tiene que ser juego; juego de conflictos, juego de intereses, juego de grupos, juego de ideas, juego de imaginación.»

«La política siempre ha sido riesgo, tensión y antagonismo. De los conflictos salen soluciones nuevas, y el constante cambio social los hace inevitables.»

«No se concibe una organización política que pueda eliminar el debate público, la oposición, la contestación. Podrá reducir el campo de juego, como ocurre en Rusia o en China, donde la lucha política se produce en los círculos interiores del Partido, como en las eliminaciones de Malenkov, Beria o Jruschov; o en China, con la de Lin Piao; pero siempre existe una lucha política.»

Una característica, que ya se ha hecho constante en Fraga Iribarne como pensador político, es la atención que siempre ha dedicado a los problemas de la guerra y sus repercusiones en el campo social, y de la política internacional, que contrasta con el olvido que de las cuestiones de Defensa Nacional tienen otros aficionados al difícil arte del gobierno de los pueblos. El diálogo dedicado a la Paz y la Guerra es sustancioso y presenta criterios tan actualizados como éste: «El Estado que no es capaz de crear un mínimo de autonomía militar (lo que supone independencia tecnológica e industrial) está obligado a "satelizarse" en un bloque presidido por una superpotencia, o a unirse con otros Estados para formar un bloque que sea capaz de autonomía.» También en este capítulo la figura del *militar* adquiere más relieve, pues en los anteriores representa sistemáticamente un espíritu, en ocasiones demasiado retrógrado, que contrasta con los demás interlocutores.

En *La República* encontramos el rigor científico del profesor universitario y el desenfado del escritor político que quiere analizar las cuestiones desde todos los puntos de vista con criterio realista, no exento, en muchos pasajes, de fino sentido galaico del humor, al que contribuyen muy positivamente las acertadas ilustraciones de Mingote que encabezan los diálogos

Comienza el libro con esta inquietante pregunta sobre el español de nuestros días: ¿LE IMPORTA «ALGO» A «ALGUIEN»?; ya que teme el autor que el razonable bienes-

RECENSIONES

tar material alcanzado, el trabajo y un cierto descrédito o cansancio generalizado lleve a las gentes a no calentarse la cabeza.

Y termina con estos párrafos: «Para un hombre que ha visto gran parte de la vida a partir de libros, de libros académicos, es decir, de intentos de sistematizar lo que en sí mismo no es muy sistemático, y por otra parte desde la Administración pública, o sea, de otro intento de reducir a esquemas y expedientes cosas muy complejas y dinámicas, quizá no sea del todo malo asomarse una vez al intento de hacer un libro disperso como la realidad y vacilante como una conversación.»

«Eso es lo que se ha pretendido en este ensayo, hecho por quien, profesional y temperamentalmente, propende al sistema y al manual.»

«El mundo de hoy está lleno de etiquetas vacías: capitalismo, socialismo, comunismo, liberalismo, etc. Tenemos que volver a enfrentarnos con la realidad de nuestra vida social para crear ideas capaces de interpretar la de hoy, en lugar de seguirnos tirando a la cabeza las ideas de nuestros abuelos.»

«Para ello no sería malo empezar a conversar. A establecer un diálogo, hoy tan difícil en los lugares que antes sirvieron para lograrlo.»

«No nos sorprenda, si no lo hacemos, la actitud de nuestra juventud. ¿Quién le habla en términos aceptables? La Iglesia dividida, las ideologías anticuadas, los sistemas sin autoridad. No esperemos vencer su desconfianza fácilmente; intentemos no perder la ocasión de entendernos con unos grupos idealistas, desinteresados y con ambición de mejorar el mundo.»

«Con una cierta ilusión en el resultado de un intento semejante, el autor aspira, no tanto como a lograrlo por sí, a animar a otros a que "canten con mejor plectro".»

Y esto es el libro, una invitación al diálogo, a la conversación, al coloquio..., es decir, una valiosa aportación para lograr la concordia política de todos los españoles.

FERNANDO DE SALAS LOPEZ

ANTONIO SÁNCHEZ-GIJÓN: *El camino hacia Europa (Negociaciones España-CEE)*. Ediciones de Centro. Madrid, 1973, 374 pp.

Estamos en presencia del primer libro que aborda las relaciones España-«Europa» y España-CEE, a partir de 1939, con especial atención desde mediados de los cincuenta. Ni marcas hispánicas, ni Roncesvalles, ni matamoros, ni siquiera Carlos V. Es un prodigio. Tan prodigio que las masivas referencias del autor, buen hurgador de hemeroteca, son casi exclusivamente de periódicos, sobre todo de diarios, en especial españoles (los de Madrid y *La Vanguardia*, de Barcelona). Y no habrá sido por falta de ganas de echar mano de cosas más condimentadas. Pero ya sabemos, o nos lo hacen saber los extranjeros: nuestra cocina es más bien rudimentaria. Mas lo cierto es que un tercio de siglo de historia de España, de una historia tan viva que sigue siendo política muy actual en no pocos aspectos, con trompazos, virajes y malabarismos, presenta la dialéctica España-Europa de un modo un tanto lineal, no exento y hasta muy provisto de exóticas contorsiones.

Antonio Sánchez-Gijón, que dedica el libro «A Don Fernando María Castiella, que nos hizo dar los primeros pasos», hace ya años que anda por sí mismo. Y lo hace de un modo no poco original. Se atreve a ser positivista en cuestiones de política exterior, que conoce le valor de las cosas, pero, ¡oh, pedestre de él!, también el precio que cuesta comprarlo. Esto no es de hidalgo, sino de ser libre y emancipado, capaz de pensar y pronunciarse de acuerdo a los datos previa calificación de destino. Y es obvio que el destino de este autor español es Europa. Por eso, a los análisis meramente técnicos y circunstancias, les añade, o subyace, otros de índole ética y cultural. Esto último más bien hay que darlo por supuesto. Aparecerán así «los temas de Europa como normalización y Europa como pretexto, Europa como desafío o Europa como amenaza, Europa como enajenación o Europa como tarea». Puede sintentizarse en dos modos básicos esta visión-aproximación de España a Europa (¿o habrá que decir al resto de Europa; para no excitar susceptibilidades?). En todo caso, los ingleses, desde su *superioridad* insular, nunca se han andado con tanto remilgo. ¿Será porque el canal de la Mancha (el *English Channel*, please, los ha hecho más seguros que los Pirineos?): la politizada, o «Europa como solución histórica», y la pragmática, o «Europa como salida económica y comercial».

Cita a Antonio Elorza transcribiendo que «Hoy es ya una excepción la línea tradicionalista de enfrentamiento simple entre los valores esenciales de la cultura española y la corrupción europea» (1969). Curiosamente, la última entrada de referencia cronológica corresponde al 25 de mayo de 1972, por un tal Diego Ramírez (¿se acuerda alguien de él?). Y agrega el autor, por su cuenta, apuntando a Elorza: «Porque en esos veinte años se demostró que, por librarnos de esa supuesta "corrupción europea", introdujimos muy graves corruptelas y deformaciones estructurales; sofocando en parte el laborioso y tenaz esfuerzo de crear infraestructuras productivas.» Ciertamente. Y tanto es así que hemos visto emigrar a millones de trabajadores a riesgo de contagios de Dios sabe qué, y lo que es peor, muchos más millones de turistas sexo débil, con sus bikinis y todo, que consiguieron el prodigio sociológico y filosófico-histórico de contagiar a las féminas españolas (que desde entonces lo españolean) sin haber desencadenado ninguna guerra civil ni siquiera un estado de emergencia.

Es verdad que para llegar a tanto hubo que esperar a 1962 y a la llegada de Fraga a Información y Turismo (lo cual significó algo más que una salida simultánea más o menos rutinaria o estentórea: supuso en no pocos aspectos un giro *quasi-copernicano*). Pero 1962 no fue un año cualquiera en la historia de la España del 18 de Julio. La palabra «Munich» asombró a los españoles de entonces tanto como veinticuatro años antes había asombrado al mundo. Sólo que en la segunda ocasión las cáscaras fueron más que las nueces. Yo diría que proyectó la última gran contraofensiva del régimen español. Pero Fraga entró también en Información. Este punto de conexión y reconsideración se le escapa al autor, que parece ver el cambio como independiente de lo de Munich y sus innecesarias super-repercusiones. (El autor tampoco recoge el eco de cierta prensa española ante la llegada del general De Gaulle, acariciando la idea de que abortarla al naciente Mercado Común Europeo.)

Hemos tenido que esperar hasta 1974 para que alguien como un embajador, Ullastres, nos diga de qué va eso de las negociaciones España-CEE en lo que afecta a cuestiones políticas. Pero esto se ha suscitado en más de una ocasión por algún personaje comu-

RECENSIONES

nitario, incluso traído gratuitamente a España para que nos ilustre. Lo irónico de la ponderación española del caso, sobre todo en un pasado no tan lejano, provoca risas. Buen material para cuando se escriba historia de tal período o le pongamos biografía de algún prefabricado o predestinado. En cada capítulo hay por lo menos salpicaduras de lo que pretendo decir. Salirse por los cerros de Ubeda, echar mano de la historia sagrada, etc., es lo normal cuando de lo que se trata es del precio de las lentejas. (Claro que al fin y al cabo alguien lo echó todo por la ventana a cambio de un plato de tal legumbre.) El artículo de L. M. Ansón sobre *La invasión de los bárbaros* (ABC, 2 febrero 1962), por ejemplo, no tiene desperdicio. Es lirismo en estado puro. Lo único sano es la península Ibérica (obsérvese que es de antes de la invasión de los bikinis); habla de Roma «decadente, invadida y arrollada», de «Atila rojo», de Campos Cataláunicos, de Rómulo Augusto, de que «Europa se rinde desde dentro», de que «el materialismo radical que vive la sociedad de tantas democracias occidentales es ya comunismo», de que «hacer prevalecer a la economía sobre la política, la filosofía y la religión es retroceder a la elementalidad, identificarnos con la barbarie primitiva», etc. Este *torturesismo* desesperado de un joven de la época indica sobre qué andamiaje dialéctico se movían no pocos sectores españoles hace una docena de años.

Contrapunteando a Ansón, añade el autor: «No importaba: siete días después, y por motivos bien materiales, España se acercaba a esa nueva Roma "decadente, invadida y arrollada".» Y seguía: «Bajo inspiraciones más objetivas, *Arriba* ofrecía una imagen más oportuna de Europa», en donde, sin extasiarse con el *primum vivere*, también lo tenía positivamente en cuenta en su argumentación.

Y cronológicamente, paso a paso, sin divagaciones ni precipitaciones, Sánchez-Gijón termina su recorrido en algo no terminado. Es más, después de la nueva historieta del petróleo, flotación del franco (y de la peseta), está por ver dónde se lanzarán los signos de la Europa de los Nueve. En lo que a España concierne, es de suponer que podrá tomar nuevas reconsideraciones ante una situación tan fluida y peligrosa. En todo caso, el párrafo final del autor es la coronación de la evidencia y clarividencia de su oportuno libro: «Es menos importante señalar cuán lejos están las estructuras formales del orden constitucional español de las predominantes en Europa, que acrecer el tanto de democracia, de actividad democrática que deba ser contenido dentro de esas estructuras.» Sabias palabras. Y prudentes.

TOMÁS MESTRE

CARL J. FRIEDRICH: *Europa (el surgimiento de una nación)*. Alianza Editorial. Madrid, 1973, 287 pp.

No es habitual el hecho de que el tema referente a la presencia de Europa en el mundo, principalmente en su dimensión económica y política, sea analizado con el detenimiento y mesura con que, por ejemplo, lo realiza el profesor Carl J. Friedrich en las páginas del libro que motivan el presente comentario. Desde las primeras líneas de la obra el autor desvela sus propósitos, a saber: acelerar, en lo posible, el proceso

RECENSIONES

de integración europea. Consecuentemente, subraya, como estudioso en la política europea, he ido siguiendo atentamente los altibajos y, a medida que mis conocimientos aumentaban, cada vez me sentía más impresionado por los ingentes obstáculos para conseguir una meta que, de por sí, parecía tan deseable. Aun cuando la política no fuese simplemente el arte de lo posible y fuera por lo menos algunas veces el arte de hacer posible lo que parece imposible, el talento y dedicación de algunos maestros de la política, desde Briand y Stresemann a Schumann y Adenauer, por no mencionar a los que actualmente trabajan en este terreno, se consumieron en la obtención de unos resultados muy limitados. Europa se mueve, está en marcha, pero esta marcha parece a menudo un paso de tortuga y no la velocidad que exigen los problemas con que Europa se enfrenta.

Para Carl J. Friedrich, en todo caso, la idea de la comunidad europea no es nueva: siempre ha existido una comunidad europea—pontifica—. Es la comunidad que ha sido portadora de lo que se conoce por cultura o civilización europea. Ha comprendido diferentes pueblos y territorios a lo largo del tiempo. No se puede excluir de ella ni a Rusia, ni a América, ni a las colonizaciones británicas de población europea. A pesar de la revolución colonial contra estos europeos, todavía dominan ampliamente el mundo, puesto que más allá de la «pequeña Europa», los Estados Unidos, la Unión Soviética y la Commonwealth británica, hay muchos individuos, pero poco poder. India y China hablan el lenguaje de Europa al defender sus posturas de independencia y neutralismo; sus ideologías rivales son occidentales.

No son estos lazos europeos de alcance mundial los que nos interesan en esas páginas, sino más bien ese núcleo de la «pequeña Europa», constituido por el llamado Continente—un apéndice pequeño, pero muy poblado, del continente asiático—, centrado en Francia, Alemania e Italia. Actualmente, las relaciones entre Francia y Alemania, que durante tantas generaciones han constituido una comunidad de lucha más que de cooperación, constituyen en muchos sentidos el núcleo real (además de ideológico) del problema comunal de Europa.

Esta Europa de los Seis—Bélgica, Francia, Alemania, Italia, Luxemburgo y Holanda—constituye el «corazón» de esa cultura europea que se desarrolló tras la que se ha dado en llamar la Edad Oscura a lo largo de unos mil años para desembocar en lo que hoy día es la mayor concentración de producción industrial del mundo contemporáneo, especialmente si se considera al grupo estrechamente unido de los Siete—Gran Bretaña, Austria, Dinamarca, Irlanda, Noruega, Portugal y Suiza—como lo que en realidad son: los socios de los Seis. Grecia y Turquía también están asociados con la Europa de los Seis. Estos países son los que juntos constituyen la Europa propiamente dicha; sin embargo, plantean un auténtico problema sus relaciones con España, Polonia, Checoslovaquia, Yugoslavia, Hungría y Rumanía: tanto en el aspecto cultural como en el político estos países tienen perfecto derecho a ser incluidos en esta definición de Europa. Pero obstáculos políticos que por el momento parecen de larga duración, excepto posiblemente en el caso de España, hace que resulte pragmáticamente sensato excluirlos por ahora de la demarcación de Europa.

Esta Europa de los trece—la docena del fraile—es la que ha compartido una cultura común y ha constituido una comunidad política desde los tiempos de Carlomagno. En verdad, la Europa de la llamada Edad Media—es decir, el espacio de tiempo compren-

dido entre el año 800 y el 1450—era más bien una comunidad cultural íntimamente unida.

De todas formas, capítulo que magníficamente evoca el autor, no han sido escasos los infatigables trabajos realizados—en todas las épocas (a partir del año 1600 en adelante)—en favor de la paz y de la unidad europea: las sangrientas guerras y los profundos odios no podían dejar de sugerir a algunos de los europeos más conscientes la necesidad de recrear una estructura común, una organización política, tan pronto como se resquebrajó el orden medieval. Desde el Gran Proyecto (1610) de Sully—el gran ministro de Enrique IV, de Francia—hasta el profundo ensayo filosófico de Emmanuel Kant, *Sobre la paz eterna* (1795), se formularon diversas propuestas para la organización efectiva de la comunidad política europea. El plan que más se discutió fue el propuesto por el abate Saint-Pierre en 1712, a raíz de la Paz de Utrecht (1713-1714). Había sido secretario de la delegación francesa y por tanto tenía una gran experiencia diplomática. Su *Projet pour rendre la Paix perpetuelle en Europe* era en esencia un plan para una liga perpetua de los monarcas europeos; una especie de borrador de un tratado elaborado con gran detalle y dirigido a los príncipes en su calidad de hombres «ilustrados» y de buen sentido. El buen abate, un típico optimista dieciochesco, pensaba que las ventajas de semejante unión eran tan reales que los gobernantes racionales no dudarían de aceptarla. Su liga sentaría las bases de una organización internacional permanente que mantuviese el imperio de la ley entre las naciones; los Estados renunciarían a la guerra, establecerían procedimientos de arbitraje para la solución de los conflictos y sostendrían una fuerza policial común. Aunque entonces se burlaran de él y fuese comentado sardónicamente por hombres de criterios tan distintos como el rey Federico II de Prusia y Juan Jacobo Rousseau, sus ideas están tan próximas a lo que ha sido la concepción de la Liga de las Naciones y la de las Naciones Unidas, que no podemos por menos de estar de acuerdo con Emmanuel Kant, quien defendió el proyecto del abate en términos muy sensatos.

La Liga de las Naciones y las Naciones Unidas han sido consideradas como intentos de realizar esta idea. Pero, naturalmente, tanto la Liga como la ONU son globales en su concepción, mientras que el *Projet* se concibió en términos europeos y se basaba en la comunidad cultural e ideológica que en aquel tiempo se manifestaba en la Ilustración. De hecho, esta comunidad continuaba funcionando sobre la base del equilibrio de poder, el Derecho internacional y los matrimonios entre príncipes y aristócratas, hasta que la Revolución Francesa la puso en entredicho.

Europa, pues, no ha sido otra cosa, como perfectamente se nos revela en cualquier manual de historia universal, algo más que una institución eternamente balanceándose, es decir, al borde del precipicio, buscando el equilibrio del poder. La segunda mitad del siglo XIX hasta el estallido de la guerra de 1914—no es preciso remontarnos a épocas más alejadas de nosotros—asistió al nacimiento de un nuevo «equilibrio de poder». Al tiempo que los nuevos medios de comunicación y transporte masivos servían para agrupar aún más a Europa, este equilibrio de poder demostró ser una forma errónea de estructurar las relaciones entre las potencias europeas. Debilitada por la rivalidad entre los imperialismos coloniales a escala mundial, fracasó al no proporcionar la maquinaria adecuada ni siquiera para unas exigencias de paz mínimas. De aquí el que, otra vez por iniciativa de Rusia, se convocasen conferencias en La Haya en 1899 y 1907,

para discutir los medios de organizar Europa más eficazmente. Los resultados prácticos fueron casi nulos, excepto en el campo del Derecho internacional, donde se elaboró un código de conducta para la guerra moderna.

Aunque los Estados Unidos, otros Estados americanos y los dominios británicos jugaban un papel importante en estas reuniones, las conferencias de La Haya estuvieron todavía dominadas por las potencias europeas y por su ilusión de un destino común para gobernar el mundo. La comunidad de Europa en términos culturales se daba por sentada, y la superioridad de su civilización ni se discutía. Eran los días en que proliferaron *slogans* como «la tarea del hombre blanco», entendida como misión civilizadora de los pueblos europeos para con el resto del mundo.

La I Guerra Mundial—especifica claramente el profesor Carl J. Friedrich—cambió todo esto. El destino común quedó reafirmado en los sangrientos campos de batalla, donde gran parte de la mejor juventud de las naciones europeas murió por razones que, en el mejor de los casos, eran confusas y superficiales. Para muchos de los supervivientes se hizo evidente en el transcurso de esta insensata matanza la necesidad de una organización que «terminase con todas las guerras». Por esta razón muchos recibieron entusiasmados la propuesta del presidente Wilson para crear una Liga de Naciones, aun cuando los dirigentes políticos de Gran Bretaña y Francia, por no mencionar a los de Estados Unidos, permanecieron escépticos. A los pocos años, las aspiraciones mundiales de la Liga y la negativa americana de adherirse a ella llevó a reafirmar el objetivo más limitado de una unificación europea. A pesar de que la Liga era primordialmente una organización europea, dirigida por Francia e Inglaterra, no lograba proporcionar a Europa, en sentido estricto, la interconexión íntima necesaria en un mundo amenazado por el bolchevismo y cada vez más emancipado del control europeo. La cuestión de la organización de la comunidad europea se convirtió ahora en el problema de asegurar la supervivencia de una cultura que durante tanto tiempo se había considerado como garantizada.

Aun teniendo bien a la vista todos los dramáticos acontecimientos que se suceden en Europa piensa el autor de este libro que, quiérase o no, el camino hacia la integración no puede ser interrumpido. Por eso mismo, escribe, que, en cualquier caso, en este mundo en el que están surgiendo uniones federales culturales y doctrinales de dimensiones continentales, Europa está llamada a seguir adelante hacia su unificación, pues dicha unificación es la condición ineluctable para su supervivencia como potencia y como factor fundamental en el mundo que nace. En el próximo futuro, es decir, en un futuro que ya no es presente, no cabe pensar en otra solución. Justamente, insinúa el profesor Carl J. Friedrich, el dinamismo de la yuxtaposición de Europa a los Estados Unidos y a la Unión Soviética está reforzando un compromiso doctrinal para el humanismo básico de Europa Occidental, del cual dimanaron los credos americano y soviético. El humanismo europeo se ha visto así en cierta medida confirmado. Al mismo tiempo se ve perturbado por la perversión de su esencia mediante el materialismo y el escepticismo. Desde esta perspectiva ven Europa muchos de sus representantes más capaces y convencidos—no sólo el general De Gaulle, sino también políticos y escritores— como un bastión que debe ser defendido por razones culturales; sus valores deben ser protegidos de la «amenaza bárbara», no sólo del Este, sino de allende los mares.

RECENSIONES

Actualmente, esa amenaza bárbara nace también en la misma Europa. Europa tiene sus propios bárbaros, como lo ha demostrado ampliamente la ola de fascismos, hitlerismos y movimientos afines. Sus competidores, y sobre todo los Estados Unidos, han producido los más destacados paladines del humanismo europeo. ¿Produjo acaso Europa a lo largo del siglo XIX un estadista comparable a Abraham Lincoln en su combinación de profundidad poética y sagacidad política, o un escritor comparable a Tolstoi en la fuerza y pasión de su humanismo y su pacifismo? De aquí que la defensa de Europa, en su tradición espiritual, esté en contra de sus propios perversores dondequiera que se encuentren. Los movimientos para la unificación de Europa nacieron o, mejor, renacieron en la reacción latente contra el imperio de Hitler. Se inspiraron fundamentalmente en la convicción muy difundida de que sólo una Europa unida puede acabar con la tentación totalitaria.

Europa, vista así en su unidad, aparecería en camino de convertirse en una parte operante de un mundo compuesto de Africa, Arabia, China, Gran Bretaña y su Mancomunidad, India, América Latina, Estados Unidos de América y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Este mundo policéntrico está evidentemente en formación.

Tal vez, desde luego sin pretender que el alcance de la afirmación sea tan amplio y significativo, el profesor Carl J. Friedrich especifica en una de las páginas de su libro que ha habido algo de inconsciencia en el proceso de construcción de algunas naciones europeas: las naciones han crecido conforme se han construido, pero la construcción de las naciones ha sido hecha a menudo por hombres que no tenían conciencia de ello o, incluso, que pretendían hacer otra cosa. Hace algunos años —manifiesta— suscité la cuestión de si los hombres que están unificando e integrando Europa no estarán metidos en la tarea de «construir naciones», al igual que los indios y otros que intentan fusionar tribus para crear naciones, a menudo espada en mano, como lo hicieron los monarcas europeos. La respuesta depende de lo que se entienda por «nación». Generalmente, la construcción de un Estado ha sentado la base para el crecimiento de una nación, pero esto no siempre es cierto, incluso en Europa; tanto la nación italiana como la alemana cobraron conciencia de su entidad antes de conseguir ser Estados. Hay también casos, como el de Polonia, en que la interacción es muy compleja.

Sin embargo, está claro que el crecimiento de una comunidad política y su sentido de valores, intereses y creencias compartidas necesita ser estudiado. La aproximación a este proceso se puede hacer con los instrumentos de la investigación cuantitativa. También es posible, sin embargo, y quizá en algunos contextos más factible, explorar el desarrollo de la comunidad estudiando la estructura y funcionamiento actuales de los puntos de contacto humanos. En sociedades pluralistas y muy estructuradas, esta investigación puede arrojar resultados muy interesantes, especialmente si lo que se pretende es calibrar las implicaciones políticas. El mero hecho de la multiplicación de las comunicaciones, por significativo que sea, es irrelevante en cuanto a sus implicaciones políticas, mientras se ignore el contenido de estas comunicaciones. Por otra parte, un número relativamente pequeño de contactos intensivos con elevada incidencia política, en una situación estructurada con fuerte formación de élite, pueden ser más significativos que un número mucho mayor de contactos casuales. De este modo, el cambio en la visión de los dirigentes sindicales clave puede ser, durante largos períodos, la parte realmente operativa de la emergente formación comunitaria.

He aquí, seguidamente, una de las más importantes interrogantes que el autor se formula: ¿dónde está la clave del posible federalismo europeo? Espíritu federal, lealtad federal y confianza federal son—escribe—los tres rasgos de conducta esenciales de un federalismo operativo. Sin ellos, los órdenes federales resultan impracticables. Juntos, constituyen lo que se podría llamar la conducta federal. Es el aspecto microcósmico del macrocosmos, que es un régimen federal. En ellos se concentra y se hace operacional el consenso que presupone un proceso de federalización. Pero antes de que podamos analizar efectivamente el funcionamiento y los efectos de este consenso federal es necesario bosquejar brevemente el concepto dinámico de federalismo implícito en semejante afirmación.

La rápida expansión de los regímenes y propuestas federales ha llevado a un continuo ensanchamiento de la visión teórica del federalismo. Hace treinta años se podía escribir que, «desde un punto de vista empírico, un Gobierno eficazmente centralizado, una federación, una confederación o liga de Gobiernos (Estados), una alianza, un alineamiento, un sistema de Gobiernos (Estados) independientes y, finalmente, Gobiernos totalmente desconectados, todos ellos podían representar diferencias de grado en la relación entre los Gobiernos y las personas sometidas a aquéllos...». Este era el comienzo del fin de las ideas jurídicas tradicionales orientadas hacia, y preocupadas por, los problemas de la soberanía y, por consiguiente, por la distribución de funciones y la estructura de las instituciones. Estas cuestiones no carecen de importancia y continúan jugando un gran papel en la oratoria política. A pesar de todo, el naciente punto de vista funcional y del comportamiento reconocía que un sistema federal podía caracterizarse simplemente por el hecho de que su estructura «se asemeje a una liga en uno o más de sus rasgos organizativos...». Cierto; pero esta caracterización se detiene en la superficie estructural, en el diseño de un orden federal. Es decisivo que se capte el dinamismo de su funcionamiento: el federalismo requiere e implica un proceso de federalización; es un proceso incesante, en el cual la mutua relación y adaptación entre las comunidades componentes claramente diferenciadas y la comunidad incluyente está continuamente sobre el tapete.

La segunda de las interrogantes que el profesor Carl J. Friedrich pone ante nosotros lleva implícita casi una carga explosiva, a saber: ¿cómo iniciar el proceso de integración europea? Muchos han visto—manifiesta—esta integración de una manera dogmática a base del establecimiento de unos Estados Unidos de Europa en el sentido de un Estado federal estrechamente unido. Pero la extensión del campo de visión, que considera que el federalismo implica no sólo una estructura y un esquema federal, sino también, y quizá más importante, un proceso federalizador, lleva a reconocer que este proceso puede muy bien, en su fase inicial, comenzar por una liga internacional unida laxamente por un tratado o carta. El que esta liga sea el comienzo de un proceso integrador en una federación depende de muchas circunstancias. K. C. Wheare atribuye gran importancia al «deseo» de la población en las unidades que se han de federar, y ha relacionado este deseo con una variedad de factores. La diversidad cultural y lingüística, la estructura económica y social y el nivel de desarrollo diferentes, la diversidad religiosa, etc., se dice que han reforzado la inclinación a conservar la autonomía local; las necesidades de la política exterior y la defensa, el desarrollo

económico y materias conexas han producido—afirma dicho autor—un deseo de unión. Es evidente que la combinación de estos deseos, o por lo menos de algunos de ellos, forma la base de lo que hemos llamado «espíritu federal».

La necesidad de organizar un orden político que responda a este espíritu federal produce estructuras federales específicas de gobierno. Estas estructuras presentan necesariamente cierta complejidad, lo que trae consigo «costes» considerables. Al parecer, estos costes han sido en los Estados Unidos en los últimos años particularmente elevados en el campo de los derechos civiles. Las oportunidades que un sistema federal ofrece a las minorías regionales para bloquear la voluntad de la mayoría son a menudo grandes. En Estados Unidos se ha planteado insistentemente la cuestión de si los métodos judiciales tradicionales para hacer respetar los derechos humanos garantizados por la ley federal siguen siendo adecuados. Se ha señalado acertadamente que, comparados con los pasados enfoques del problema de los derechos individuales, los derechos de grandes grupos de personas, sobre todo los de los negros, requieren métodos coactivos más enérgicos. «La pérdida de la fe en la ley—la utilidad de la ley federal y la equidad de la ley local—está ganando terreno rápidamente entre los negros y los activistas blancos de los derechos humanos.» Es posible afirmar que «las cuestiones de los derechos civiles inciden directamente en el edificio del federalismo».

El edificio del orden federal americano está siendo sometido a una dura prueba. Dicha prueba será más fácilmente superada si la discusión se dirige hacia cómo reestructurar el federalismo americano. La situación no es nueva y cuando los hombres se enfrentan con estas tensiones y depresiones desarrollan, por desgracia, a menudo un antagonismo general hacia el federalismo en vez de pedir la reforma de una estructura federal concreta.

Con tino ejemplar, el profesor Carl J. Friedrich señala el acontecimiento que, cara al futuro, inexorablemente ocurrirá: el enfrentamiento entre el resurgir del nacionalismo y la ilusionada proyección integracionista. Evidentemente, subraya, el nacionalismo ha jugado un papel decisivo, aunque no siempre positivo, en el proceso federalizador. La interacción, tanto en la teoría como en la práctica, es compleja. El poderoso atractivo emocional del nacionalismo, el papel crucial que desempeña en la construcción de una base comunitaria para el Estado moderno, así como su capacidad para proporcionar un consenso secular fuerte, son características universalmente reconocidas. Las relaciones federales pueden utilizarse para proporcionar un orden político a una nación que ha de formarse a partir de Estados, Gobiernos o entidades tribales separados y distintos, como en el caso de Alemania en el siglo xix y el de India en el xx. El federalismo puede también servir como medio para combinar varias naciones o nacionalidades en un solo orden político, como fue el caso en Suiza, Bélgica y Canadá y en el que confían quienes buscan conseguir la integración de Europa. En el primer caso, el nacionalismo fortalece el consenso a nivel federal; en el segundo, a nivel local. En ambos casos puede ayudar a crear y mantener el espíritu federal, pero puede también fragmentarlo y socavarlo.

Todo depende de cómo se barajen las cartas. Generalmente se admite que el nacionalismo constituye probablemente la más potente emoción política del mundo contemporáneo. De aquí que Coudenhove-Kalergi quisiera verlo reforzando la Unión Europea. Pero el nacionalismo, debido a su intensidad emocional, es también una de las fuerzas

más incontrolables del mundo contemporáneo. Los dirigentes políticos han tenido ocasión de descubrirlo, a menudo en las situaciones más inesperadas. Se ha discutido y argumentado mucho acerca de su naturaleza, polémica en la que no entramos aquí. Uno de los grandes obstáculos para la unificación de Europa ha sido la oposición emocional del nacionalismo. El federalismo no tiene un atractivo comparable. La paz, sin embargo, sí lo tiene y gran parte del apoyo emocional a la integración de Europa, especialmente en Francia y Alemania, proviene de esta fuente.

Los atractivos emocionales son particularmente importantes cuando se busca llegar a la juventud. Los jóvenes tienden a situarse del lado del nacionalismo en muchos de los países nuevos. Pero también militan cada día en mayor número en las filas de la paz y el pacifismo. En la formación del consenso, la generación joven proporciona a menudo el resto del futuro. Europa no es una excepción a esta observación general. Estudios detallados han podido demostrar que mientras las formas más radicales de protesta, como la quema de barreras fronterizas, han desaparecido con los primeros movimientos hacia la unidad de Europa, existe en la joven generación europea una tendencia persistente hacia un más amplio apoyo de la integración.

Otro de los aspectos que el autor minuciosamente analiza en las páginas de su obra es el concerniente al sugestivo atractivo comercial que Europa despierta en el resto del mundo y especialmente en el ámbito norteamericano: «Parece —escribe Carl J. Friedrich— que los americanos se muestran más inclinados a pensar en Europa como un todo; ven el inmenso mercado que para la mayoría de los europeos permanece dividido. Su posición se ve reforzada, naturalmente, por los recursos financieros de las grandes firmas americanas.» En un reciente estudio sobre las inversiones americanas en Europa, el autor comienza por destacar que las inversiones americanas en Europa aumentaron en un 183 por 100 entre 1958 y 1964 —a un ritmo anual de un 20 por 100—, mientras que en el Mercado Común las inversiones americanas constituyeron la mitad de las inversiones extranjeras en el contexto de un desarrollo general; participación que se mantuvo hasta que intervino el Gobierno americano dentro de su política de protección del dólar, reduciendo así el déficit de dólares en la balanza de pagos norteamericana.

Los datos acerca de una firma determinada pueden resultar ilustrativos. La Standard Oil Company, de New Jersey, uno de los gigantes americanos, considera a Europa Occidental como el mayor mercado de Jersey, al que van destinadas más de un tercio de las ventas totales de la compañía. «Las inversiones de Jersey en Europa —según su informe trimestral de septiembre de 1966— superan los 2.500 millones de dólares..., dando empleo a unas 41.000 personas.» En un mercado energético tan grande, que crece tan de prisa y es tan competitivo como Europa, las fronteras nacionales se están haciendo anacrónicas por lo que se refiere a la eficiencia de la industria petrolífera... la tarea de Esso Europa es a escala continental. Teniendo en cuenta que los ingresos totales de la Standard de New Jersey (Esso) en el primer semestre de 1966 excedieron de 6.500 millones de dólares, una inversión de 2.500 millones de dólares quizá no parezca considerable; sin embargo, las cifras ilustran la envergadura de los recursos financieros que las firmas americanas pueden dedicar a sus negocios tanto en el Mercado Común como en el resto del mundo. Los aranceles aduaneros y otras barreras que rodean a éste y a otros mercados europeos son un incentivo importante para efectuar estas inversiones.

No relega el autor del libro cuyas páginas comentamos a un lugar secundario el

tema del Mercado Común europeo y, precisamente, se hace una sugestiva pregunta, a saber: ¿constituye el Mercado Común la panacea de los problemas laborales europeos? En una Europa que se desarrolla y urbaniza rápidamente, con una población agrícola que disminuye de modo ostensible, el trabajador industrial constituye una parte cada vez mayor de la comunidad humana. No es éste el lugar para adentrarse en el problema complejo de por qué se producen estas migraciones. Han sido estudiadas en diversos contextos. Tampoco podemos detenernos en la cuestión general de lo que les sucede una vez que alcanzan su nuevo hábitat. Dejando a un lado las emigraciones ultramarinas en los años que siguieron a la II Guerra Mundial, un gran número de italianos, españoles, portugueses, griegos, yugoslavos, turcos y norteafricanos (árabes) han emigrado a Suiza, Alemania, Francia, Bélgica y otros países en busca de trabajo y lo han encontrado. No es exagerado afirmar que han contribuido considerablemente al desarrollo de un mercado laboral europeo único y viable; también han contribuido notablemente al crecimiento económico de Europa. Se sabe relativamente poco acerca de las ideas políticas de estos emigrantes y en especial de aquellos que se han instalado dentro de los confines del Mercado Común. Es evidente que por lo menos en algunos de ellos se habrá desarrollado un sentido comunitario europeo y se interesarán por el crecimiento y la promoción de la Comunidad Europea.

Con especial cuidado, el profesor Carl J. Friedrich afirma que, en todo caso, todavía no existe un concepto adecuado sobre la organización sindical europea: «En conjunto —escribe—, hay que decir que el desarrollo de la comunidad laboral europea a nivel sindical va muy por detrás de las finanzas y la industria. Esto no es extraño si se tiene en cuenta la limitada formación comunitaria en las fábricas y talleres.»

En rigor, igualmente precisa esta concepción el autor a cuyo pensamiento nos venimos refiriendo, no son las causas de orden económico, laboral o sindical las que dan pie al problema de la integración. La desconfianza respecto a ver en un futuro inmediato a Europa totalmente unida surge más bien de algunas causas que tienen su raíz en el pasado, que, por el contrario, en el presente: «Es natural que personas que han sufrido personalmente las consecuencias de los actos y políticas del antiguo enemigo permanezcan reservadas e incluso hostiles, a pesar de la atmósfera de compañerismo creada por el *jumelage*, de sus festejos y actividades. Aun así, un hermanamiento puede modificar el panorama psíquico de manera que un sentimiento determinado, que antes se consideraba como representativo, se vea ahora como desviaciones personales, respetables, naturalmente, pero que ya no pueden considerarse sintomáticas de la actitud recíproca de los dos pueblos. A menudo, estas mismas personas cambian de actitud, pueden negarse a tomar parte en la confrontación, pero aceptan la asociación como un *fait accompli*. En ocasiones, franceses que fueron deportados a Alemania por los agentes de Hitler se niegan a tener contacto alguno con los alemanes, pero muchos consienten que sus hijos vayan en intercambio estudiantil a Alemania.

Estos son, en cualquier caso, los casos estadísticamente marginales. La eliminación de prejuicios es mucho más una cuestión de la gran mayoría de franceses y alemanes que nunca han tenido contacto personal alguno entre sí, es decir, para quienes la realidad humana del otro pueblo es en gran parte desconocida y puede efectivamente constituir un tema de curiosidad, un enigma.

Llega el profesor Carl J. Friedrich a dos sugestivas conclusiones, que, a nuestro parecer, no llevan implícita ninguna dosis de optimismo, a saber: ¿es posible hablar de una integración intelectual europea...?, ¿resurge Europa de sus cenizas...? Por cuanto a la primera interrogante, el autor afirma, entre otras muchas cosas, que, en verdad, incluso en el cenit del nacionalismo cultural durante el siglo XIX y comienzos del XX, siempre ha habido amplios contactos. Pero la mayor parte eran de tipo muy esotérico, erudito y científico; sus implicaciones políticas estaban muy limitadas por el marco nacional y por las funciones oficiales que éste imponía a la comunidad universitaria. Sólo la aparición de un nuevo orden internacional, y más concretamente europeo, ha hecho posible que las universidades, profesores y estudiantes reconstruyan una auténtica comunidad universitaria europea. Esta reconstrucción ha adoptado tres formas: 1) organizaciones generales de alcance europeo; 2) contactos y relaciones personales y directos; 3) establecimiento de vínculos en virtud de los cuales dos universidades, en forma parecida a como lo hacen los municipios, se emparejan para la cooperación y el intercambio mutuo.

Es curiosa y significativa la afirmación que el autor realiza al decir que, quiérase o no, uno de los problemas más candentes que tiene planteados Europa es el referente a la agitación estudiantil. El origen de este problema, en cierto sentido, subraya el profesor Carl J. Friedrich, viene a ser un reflejo del crecimiento de la comunidad académica europea. Pero su importancia política, en cambio, podrá ser resultado del lento progreso hacia la unidad de Europa, demasiado lento para satisfacer el ardiente idealismo de la juventud de Francia, Alemania e Italia y no una reacción ante la idea de Europa. Las conexiones son, por ahora, muy difíciles de analizar.

Por cuanto concierne a la segunda de las interrogantes anteriormente indicadas, el autor, a la vista de la misma, nos responde con una nueva pregunta: ¿quiere todo esto decir que Europa sea una nación naciente? En cierto modo todo depende de cómo se defina una nación. Si por nación entendemos esa entidad con estrechos lazos políticos y culturales que ha producido la moderna nación-Estado—Gran Bretaña, Francia, España, Italia, Alemania—, entonces Europa ni es ni será nunca una nación naciente. Si, por otra parte, se considera nación a una entidad vasta y compleja como la India, entonces Europa puede muy bien describirse como una nación naciente. ¿Cuáles son las características de semejante nación? Para decirlo una vez más, subraya el autor, una nación, hablando empíricamente, como «cualquier grupo coherente que posea independencia dentro del orden internacional creado por las Naciones Unidas, que constituya la base para un Gobierno que dirija efectivamente dicho grupo y reciba de él la aclamación que legitima al Gobierno como parte del orden mundial.» Es evidente que Europa todavía no es semejante entidad, excepto en un sentido marginal; es igualmente evidente que Europa está más cerca hoy en día de esa entidad que en 1958, como lo demuestra una simple ojeada al Primer Informe General de la Comunidad Europea. Es bastante contrario a los hechos declarar, como se hace hoy tan a menudo, que, «en breve, el Mercado Común tenderá a convertirse en una unidad comercial y no en una unidad económica y mucho menos una técnica. Y el fracaso político, ya se sabe, es completo.» Tales juicios se deben fundamentalmente a no saber apreciar la verdadera naturaleza de la política federal, a suponer que si no hay un poder político centralizado, una auténtica soberanía, un orden político, es necesariamente insuficiente. El proceso

RECENSIONES

para conseguir resultados en un contexto federal es indudablemente lento, pero puede ser más duradero que el aluvión de decisiones precipitadas en un sistema altamente centralizado.

En definitiva, se nos viene a decir en estas brillantes páginas que «Europa sólo podrá construirse con la fórmula federalista, respetuosa con las diversidades y autonomías político-sociales. Una Europa unida y unificada han intentado construirla dos hombres: Napoleón e Hitler; en los dos casos la experiencia secular o milenaria que pretendía inaugurar duró solamente de diez a doce años...».

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

CHARLES MELCHIOR DE MOLÈNES: *L'Europe de Strasbourg (Une première expérience de parlementarisme international)*, Paris, Editions Roudil, S. A., 774 pp.

Estrasburgo es la sede del Consejo de Europa; por esto el objetivo de este libro es el de contarnos la historia y la intencionalidad de dicho organismo. El autor es doctor en Ciencias Políticas y un buen conocedor del organismo que estudia, en el cual ha trabajado. Circunscribirse al estudio de un mero organismo europeo cuando tantos han proliferado tiene sus dificultades, pues la temática se entrecruza y desborda mutuamente y entonces la tentación es irresistible de estudiarlos también *de pasada* o, cuando menos, esbozarlos. Esta tentación la ha evitado el autor, pero no ha podido alejarse de otra, afortunadamente menos prosaica: la forma cómo la idea europea ha ido abriéndose paso. Tal es el recorrido del primer capítulo, que devora un centenar de páginas, cubriendo desde los tiempos medievales hasta la prehistoria del tema concernido, con todos los inevitables pasos por figuras y personajes conocidos. El siguiente capítulo se ocupa del lustro protohistórico de la institución como tal, hasta que en 1949 queda fundado el Consejo de Europa. Pero la idea europea por entonces está bullendo en otros aspectos, algunos de los cuales arraigarán de tal modo que dejarán en la sombra el organismo alojado en Estrasburgo, por muy simbólico que éste quiera ser.

El autor es perfectamente consciente de esto al indicar de entrada que: «Por su fundación, su desarrollo y su obra, el Consejo de Europa no es separable del conjunto de la construcción europea.» Todavía en los primeros años es punto de referencia de algunas cosas, aunque ya se le escapaba el factor económico centrado en la OEEDE y luego la defensa en la nonata Comunidad Europea de Defensa (CED). La CEECA surgía a comienzos de los cincuenta y poco años después, y bajo su modelo, nacía la CEE. Cada nuevo logro cobijado en otra institución era una forma de restar posibilidades al Consejo de Europa como tal, pero también adscribir a éste, como depositario de las «ideas», el «espíritu» y las intenciones más sublimes. Pero no nos engañemos: la Europa más tangible se iba haciendo en otras partes.

En todo caso, los dieciocho miembros del Consejo de Europa (reducidos a diecisiete con el advenimiento de la Grecia de los coroneles) es una organización de lo más omni-comprendiva de europeos occidentales, pero también de países sólo con un poco de pie en Europa y el resto del cuerpo fuera de ella, como Turquía, regenerada o reconvertida

al parecer por Kemal Ataturk. Israel, entidad geográfica completamente asiática, puede también tener acceso. Pero como este tipo de fichajes desbordan el marco europeo, entonces el Consejo, sabiamente, previó la categoría de «asociado» para miembros no europeos, pero que admitan los valores jurídico-políticos mínimos designados por el Consejo de Europa, que son los del Estado de Derecho y la democracia liberal. Por razones de una política exterior hipotecada por la Unión Soviética, Finlandia no es miembro pleno. Otros países, como España, sólo son observadores. Así, nuestro país lo es en las conferencias ministeriales sobre educación, justicia y demografía, tiene un representante en cuatro comités y ha firmado cuatro convenciones.

El libro va sin año de publicación, pero en todo caso fue terminado de escribir antes de concluir 1970, cuando los conservadores británicos habían ya ganado las elecciones y ponían un más decidido rumbo a Europa que nunca. Por esto, el autor especula y divaga sobre la posibilidad de una Europa de los «diecisiete», es decir, tantos como miembros del Consejo de Europa. En realidad, Gran Bretaña ha devenido miembro con mayor rapidez de lo que se esperaba, pero no con ello ha arrastrado a todos los miembros de la EFTA. Por el momento, Europa ha pasado de seis a nueve. Esperemos que no ganen las próximas elecciones los laboristas, pues bien podría ser un decisivo paso atrás en cuestiones europeas.

El autor, más esperanzador que soñador al respecto de una integración más amplia y profunda, trae a colación un pensamiento de Víctor Hugo, pronunciado en 1849: «Llegará un día en que se verán estos dos grupos inmensos, los Estados Unidos de América y los Estados Unidos de Europa, situados uno frente al otro, tendiéndose la mano por encima de los mares, intercambiando sus productos, su comercio, su industria, sus artes, sus ingenios, abriendo el globo, colonizando desiertos, mejorando la creación bajo la mirada del Creador...» Bueno, muchas de estas lucubraciones han ocurrido ya sin Estados Unidos de Europa. El abuso de ciertos recursos de los otros de allende los mares y la circunstancia crecientemente presionante de otros Estados Unidos, los soviéticos, están forzando más la unión de Europa para evitar precisamente su desintegración. La última de las crisis de Oriente Medio, comenzando por el petróleo y pasando por el «alerta general» de las bases nucleares americanas sin consultar siquiera a sus aliados, ha provocado una fuerte conmoción a los europeos que se sienten como tales, pero también a los habitantes de Europa occidentales que todavía no han tomado excesiva conciencia de ser europeos en el sentido de trascender una mera etiqueta de moda. Bien, pues, subraya Jacques Chastenet en el prefacio: «... ante peligros que amenazan nuestra parte del mundo y nuestra civilización misma, será preciso, so pena de terribles catástrofes, que la Europa política se haga». Y añade: «El Consejo de Europa deberá, ciertamente, ser profundamente transformado.»

Tal vez el gran mérito del libro consiste en la profusión de citas de que el libro va pertrecho, dándole un contenido menos etéreo de lo que uno, pensando sólo por su cuenta, podría ofrecernos. Una lista de doce anexos, una bibliografía escogida y un índice onomástico concluyen esta voluminosa obra de formativa y agradable lectura.

Tomás MESTRE

GILBERT BLARDONE: *Progrès économique dans le Tiers-Monde*, Librairie Sociale et Economique, 233 pp., ill., París, 1972.

El estudio de los múltiples problemas que afectan al llamado Tercer Mundo ha alcanzado, en los momentos actuales, una importancia excepcional. Entre otras razones, porque la superioridad numérica de los países en vías de desarrollo contabiliza un impresionante número de votos que resulta decisivo en el momento en que los organismos internacionales, las Naciones Unidas en primera fila, han de adoptar decisiones de la máxima trascendencia. Hoy en día, las naciones del Tercer Mundo, aglutinadas en diversas entidades—como la OUA, el bloque de países no alineados; la OEA, el grupo de naciones islámicas; la Liga Árabe, etc.—, suponen una fuerza política internacional que desborda el peso intrínseco de sus débiles fuerzas económicas. Esto motiva, en gran parte, la abundante bibliografía consagrada a este tema.

De entre los muchos aspectos (sociales, económicos o políticos) que afectan a los 77 países integrados oficialmente en el Tercer Mundo, el profesor Blardone—que tiene a su cargo la cátedra de Economía del Desarrollo en el Instituto de Estudios Políticos de Lyon y en el Instituto Africano de Ginebra—aborda en este volumen los temas económicos, insertándolos en el marco de un contexto sociológico muy apropiado.

Señala que los 25 países desarrollados concentran el 30 por 100 de la población mundial y el 85 por 100 de la riqueza mundial creada cada año, con una renta *per cápita* que varía de 3.980 dólares norteamericanos en los Estados Unidos a 980 en Irlanda, aunque señala diversas excepciones: Rumania, Bulgaria, Grecia, España, Yugoslavia, Albania y Portugal. Por cierto que nos sorprende—en persona tan cualificada, a quien se supone al corriente de las cifras—que la renta que asigna a España (730 dólares) resulte muy anticuada, ya que en 1972, fecha de la publicación de esta obra, la cifra oficial era de 1.137 dólares *per cápita*, muy inferior a la que señalan los solventes antecedentes aportados por el Gabinete de Estudios del Banco de Bilbao, que establecen, en ese mismo año 1972, una renta *per cápita* de 1.281 dólares. Cualquiera de ambas cifras sobrepasa, ampliamente, la cantidad que consigna Blardone.

Se plantea, pues, la dicotomía entre países desarrollados, industrializados, y otros, agrícolas, que no han alcanzado esa fase, «pero el mundo está constituido, sobre todo, por países que permanecen en la etapa agrícola o artesana, y el 70 por 100 de la población mundial vive en esos países. Estos no crean más que el 15 por 100 de la riqueza mundial anualmente. He aquí el motivo por el cual, para la opinión pública, esos países son "los países subdesarrollados": 109 países cuya renta media *per cápita* está comprendida entre los 40 dólares (Alto Volta y Malawi) y 780 (Venezuela)».

Más adelante, Blardone afirma que «el Occidente se ha industrializado, mientras que, aprovechándose de sus relaciones mercantiles con el resto del mundo para encontrar aprovisionamientos y mercados, se ha contentado con implantar aquí y allá industrias no coordinadas entre sí en un conjunto coherente, sino, simplemente, ligadas a su propio sistema industrial». De lo cual concluye que «de esta historia de la industrialización y de las relaciones económicas internacionales nace lo que llamamos hoy el subdesarrollo». En nuestro entender, ésta es una forma harto simplista de enjuiciar

las realidades. No puede negarse veracidad a la primera parte de estas afirmaciones—esto es, que el Occidente se limitó a instalar, en sus territorios coloniales, una industria dispersa y ligada a su sistema industrial—, pero no es menos cierto que esas colonias, una vez adquirida la independencia, no han hecho, en términos generales, ningún esfuerzo por industrializarse. La mayoría de los actuales Estados africanos se independizaron en 1960. Han transcurrido catorce años y apenas si han registrado algún progreso en la industrialización, a pesar de que muchos de ellos cuentan con sobradas condiciones (fisiográficas o financieras) para ello. Libia, por citar un ejemplo, ingresa miles de millones de dólares anuales por la venta de sus crudos petrolíferos, y esas sumas permanecen inactivas en los bancos, sin que se inviertan en crear una industria apropiada en su país o invertirla en otros países africanos que no poseen el capital necesario para industrializarse. Hispanoamérica es independiente desde hace siglo y medio, y sigue siendo fundamentalmente agrícola, con muy escasas excepciones. La persistencia del subdesarrollo, en consecuencia, obedece a causas muy diversas y, entre ellas, figura en primer lugar la desidia o falta de iniciativa de muchos pueblos, el predominio de estructuras políticas arcaicas y la incompetencia de los gobernantes. Si no existe un deseo ferviente de prosperar y una voluntad denodada de trabajo y sacrificio; si, junto a ello, no existe una mínima preparación cultural y técnica en las masas, no se puede pretender alcanzar el desarrollo, lo que—mediando esas premisas—sería fácil de lograr en muchos países del Tercer Mundo, tal como hemos puesto de relieve en una obra nuestra recientemente aparecida (Julio Cola Alberich, *Anatomía del Tercer Mundo*, Organización Sala Editorial, Madrid, 1973).

La primera parte del volumen—titulada «Dinamismos internos y equilibrio económico en las sociedades tradicionales»—la dedica Blardone al estudio de los aspectos culturales, las motivaciones y las realidades económicas de las sociedades tradicionales con el objetivo de llegar a comprender la naturaleza profunda del subdesarrollo. Resulta muy acertada esa determinación del autor, porque, efectivamente, sólo el conocimiento profundo de las realidades socio-etnológicas de una gran parte de los pueblos englobados en el Tercer Mundo puede explicar la aparentemente paradójica actitud que muestran ante el curso de la evolución del mundo actual. La trayectoria política y económica de Africa, por ejemplo, no puede interpretarse, en sus verdaderas dimensiones, si se desconocen los rasgos etno-sociológicos de sus pueblos. El observador occidental que no haya efectuado una profunda inmersión en las aguas de esas disciplinas se expone a obtener una visión deformada de los acontecimientos al interpretarlos con un código mental occidental que no se ajusta al del modelo africano. Así examina Blardone, efectuando una síntesis de las conclusiones obtenidas por etnólogos muy destacados, aspectos sobresalientes: capacidad de adaptación, sentido social de la producción, papel social del consumo, etc., para llegar a plantearse el interrogante de si es preciso eliminar la tradición. Urge la innovación, pero «innovar—dice Blardone—consistirá para los hombres del Tercer Mundo en precisar el ideal que llevan en sí, en cimentarlo sólidamente en lo que constituye lo esencial de su personalidad y de su historia, en encontrar formas modernas de organización susceptibles de promover ese ideal».

La segunda parte del volumen se titula «Inestabilidad y desequilibrio de las sociedades de transición». Según el autor, «la coherencia interna y el dinamismo social de

RECENSIONES

las sociedades tradicionales ha sido sometido, a través del mundo, a los choques perturbadores de las sociedades industriales. Los contactos no son recientes y la huella del mundo industrial se han impreso fuertemente, aunque en forma distinta, en América Latina, Asia y África». Pone de relieve que «la vida política del Tercer Mundo, con algunas excepciones, está hoy definida por la inestabilidad», lo que considera ligado a la situación de transición entre la sociedad tradicional y la sociedad moderna, aunque discrepamos de la identificación que hace entre la sociedad tradicional y la colonial, ya que todos los antecedentes permiten asegurar que aquélla es muy anterior y en modo alguno se ha deformado por el contacto colonial, conservando incluso sus rasgos esenciales tras la independencia de los países. Estudia la contradicción entre estructuras sociales y políticas y dedica un capítulo muy sustancioso al examen de «las nuevas clases dirigentes»; los «burgueses negros», la «cuarta fuerza asiática», los «caciques» y los «guerrilleros». Finaliza con un capítulo consagrado a los «desequilibrios sociales»: explosión demográfica, alimentación, urbanización, etc.

Se trata de una obra interesante que proporciona muchos antecedentes sobre este tema tan importante.

JULIO COLA ALBERICH

MARIANO AGUILAR OLIVENCIA: *Gibraltar. Episodios militares*. Talleres Gráficos Igol. Barcelona, 1973.

Sea cual sea la solución que se dé—y cuando se dé—al problema de Gibraltar, todo español está seguro de que no hay, en relación con la soberanía, más que una justa, que es la restitución. Los antecedentes de este problema son clarísimos. Históricamente no hay duda de cómo se produjeron los hechos que dieron lugar a la actual situación y por ello podemos decir que la opinión pública está bien—clara y suficientemente—informada al respecto. Pero hay unos aspectos en los que, por una u otra razón, existe un relativo desconocimiento. Uno de estos aspectos puede que sea el militar. No sólo el del valor militar actual del peñón, que naturalmente no puede ser considerado más que como una pieza básica en el conjunto de la bahía de Algeciras y, por tanto, en el del estrecho, sino en consecuencia en los problemas tácticos y estratégicos que en este espacio pueden presentarse en relación con los políticos que afectan al océano Atlántico y al mar Mediterráneo, a Europa y África... Dentro del aspecto militar, sin violar las naturales reservas de todo lo que merece esta calificación para el Gobierno británico y español, el libro contribuye a la orientación y a la información a que antes nos referíamos, de la opinión pública.

El capitán de Infantería don Mariano Aguilar Olivencia es quien ha escrito el libro del que hoy nos ocupamos. Lo presenta al lector en edición muy digna de encomio. El esfuerzo efectuado por el autor ha producido sus frutos, ya que nos proporciona datos curiosos y no conocidos hasta ahora por el lector no especializado sobre estas cuestiones.

RECENSIONES

Recuerda el autor cómo Gibraltar es el lugar español que más veces ha servido de campo de batalla. Se puede resumir su idea en este párrafo: «El esfuerzo militar se patentiza en los tres sitios a que fue sometido el peñón durante el siglo xviii. España no sólo aprovechó en ellos una circunstancia propicia, sino que buscó, además, apoyos o alianzas para redoblar aquel esfuerzo, que respondería a una decisión nacional.»

Nos recuerda también que Don Enrique IV se titulaba rey de Gibraltar. En 1462 (20 de agosto, día de San Bernardo), octavo sitio, conquistó Gibraltar a los moros. «La plaza seguía sin tener gran interés militar, pero por el hecho de haber sido conquistada por un alcaide de nombramiento real, el rey Don Enrique IV la agregó a sus títulos, sin acceder a las demandas del duque de Medina Sidonia, que alegaba pertenecerle por haberla conquistado la primera vez el fundador de su casa, Guzmán el Bueno, y haber muerto su padre posteriormente en uno de los cercos.»

Efectivamente, es una cédula de privilegio, fechada en Agreda el 15 de diciembre de 1462 el documento que recoge esta posesión:

«Don Enrique, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de León, de Toledo, de Galicia, de Sevilla, de Córdoba, de Murcia, de Jahem, del Algarve, de Algeciras è de Gibraltar, è señor de Vizcaya è de Molina...»

* * *

Los sucesivos sitios son relacionados muy sucintamente, pero con gran precisión. Refiriéndose tan sólo a las acciones que pueden tener suficiente entidad y partiendo del momento en que Fernando IV se apodera, en 1309, de la plaza, que puede considerarse el primero de los sitios, son nada menos que quince los que se realizaron hasta el de 1940, preparado este último militarmente por Hitler sin contar con España.

La toma del peñón por el almirante inglés Rooke, a las órdenes del archiduque, constituye el undécimo sitio. El duodécimo es la inmediata reacción de las tropas españolas y hubo de ser levantado el 2 de febrero de 1705. El decimotercero es en 1727, quedando levantado al verse España sin aliados (Holanda, Francia e Inglaterra) por lograr éstos la paz con Austria. El decimocuarto tiene lugar en 1779 y dura más de tres años, hasta quedar España otra vez sola al hacer la paz Francia con Inglaterra.

Los otros, menos importantes, pueden esquematizarse así, desde el segundo hasta el décimo:

- 1315. Las tropas del rey moro de Granada intentan, pero no consiguen, apoderarse de la plaza, que está en poder de los cristianos.
- 1333. Tras cuatro meses de lucha, los moros recuperan la plaza. El mismo año, los cristianos de Alfonso XI ponen sitio, hasta conseguir una tregua.
- 1349-1350. Alfonso XI intenta recuperar la plaza sin éxito.
- 1411. Gibraltar es sitiada y conquistada por el príncipe Hadmod, hijo del rey de Granada.
- 1436. Los cristianos ponen nuevo cerco e intentan apoderarse de Gibraltar sin éxito.
- 1462. Los cristianos, en nuevo sitio, consiguen incorporar la plaza a la Corona de Castilla en el reinado de Enrique IV.

RECENSIONES

- 1466. Los cristianos, en sus luchas intestinas, se disputan Gibraltar, hasta que en 1501 los Reyes Católicos lo anexionan a la Corona.
- 1506. El duque de Medina Sidonia pone sitio a las tropas del rey, pero desiste y levanta el cerco a Gibraltar.
- 1540. Se produce un asalto de piratas turcos y berberiscos, mandados por el renegado Caramani.

Una de las partes más claras de la obra que analizamos es aquella que se refiere a la pretensión inglesa sobre Gibraltar, que puede considerarse iniciada cuando, en 1625, el coronel Henry Bruce presentó al príncipe de Gales un proyecto de ocupación de la plaza y del peñón.

Treinta y un años más tarde, en 1656, Cronwell decía al almirante Montagne: «Acaso sea posible atacar y rendir la plaza y castillo de Gibraltar, los cuales en nuestro poder y bien defendidos serían a un tiempo una ventaja para nuestro comercio y una molestia para España, haciendo posible, además, con sólo seis fragatas ligeras establecidas allí hacer más daño a los españoles que con toda una gran flota enviada desde aquí...»

La contestación de Montagne fue así: «Percibo gran deseo entre mis colegas de que se tome Gibraltar.» Y describe acto seguido cómo podría montarse la operación. Mas los proyectos no fueron realizados entonces por encontrarse Inglaterra muy atenta a Europa y a la actitud de Francia especialmente. Cronwell falleció en 1658 sin ver satisfechos sus planes.

Muy detalladamente describe nuestro autor los preparativos y desarrollo del ataque efectuado por la escuadra de Rooke (un total de 61 buques de guerra con 4.102 cañones, 25.583 hombres y 68 naves-transporte con 9.000 hombres de desembarco), a los que sólo podían oponerse unos 100 soldados de la guarnición, que, con los paisanos que se movilizaron, llegó a contar con 470 hombres, con pocos cañones y malos y escasa munición.

Se resistió heroicamente, pero hubo que capitular ante la superioridad enemiga. Se extiende acta ante el Landgrave, príncipe Jorge de Hesse-Darmstadt, y refiriéndose a las características de esta lucha es notable lo que dice Aguilar:

«Contrasta grandemente la dureza del ataque por mandato del almirante inglés con las pruebas de templanza y humanidad dadas por el Landgrave, que patentizó así su afecto a los españoles. Así quedó ¡Gibraltar por el rey Carlos III de España!»

Por orden del almirante Rooke, y a continuación de la ceremonia en que se proclama la nueva posesión, se arrancó de cuajo el estandarte austríaco que dejara el príncipe de Darmstadt. El almirante tremoló tres veces la bandera inglesa, posesionándose de Gibraltar en nombre de la reina Ana de Inglaterra. El príncipe sufrió con resignación el brutal agravio y se quedó de gobernador de la plaza bajo pabellón inglés.

Conocido es el acuerdo de los habitantes de no aceptar vivir en aquella población mientras estuviera izada la bandera inglesa. Emocionante la descripción de la despedida de estos hombres, mujeres y niños, que abandonan el solar en que la mayoría nacieron y donde hasta ese día habían vivido.

RECENSIONES

Hace el libro alusión a un personaje real, simbólico a su vez, del pueblo que sufrió todas estas vicisitudes, es el pastor Simón Susarte, y describe con militar sencillez la operación en que intervino y en la que fue figura principal.

* * *

Recordemos que con el Tratado de Utrecht terminan las hostilidades entre Francia e Inglaterra. España no pudo presentar sus pretensiones y firmó sin hacer constar ninguna reclamación. El artículo X del Tratado, como es sabido, es el que se refiere a Gibraltar.

Refiriéndose al decimotercer sitio (1727), el autor nos informa cómo fue en él donde presentó el oficial de la Marina española Juan de Ochoa su invento de baterías flotantes, ensayadas contra Gibraltar con poco éxito. Trece de ellas fueron incendiadas por el fuego del Peñón cincuenta y cinco años después en otro intento. Estos inventos españoles fueron anteriores a los análogos de otras naciones (baterías flotantes acorazadas).

Es el decimocuarto sitio, que empieza en 1779, uno de los más duros, destacándose en él las figuras militares del almirante español Antonio Barceló y del general inglés George Elliot. El 13 de septiembre de 1782 se produce la batalla en que fracasan las otras «baterías flotantes», ahora las de D'Arcos, conocido ingeniero francés. Esta acción, según algún crítico, ha sido el mayor combate naval que hasta entonces se había producido desde que se inventó la artillería.

* * *

Hay como una gran conclusión y consecuencia: los distintos Gobiernos españoles han demostrado siempre en sus enfrentamientos con el Reino Unido sus deseos, más o menos evidentes, de reivindicación. Y lo han hecho, como dice Onrubia en su prólogo: «con gran templanza, sentido común y gran dosis de paciencia».

En cuanto a la actitud británica, dicho prologuista la define así: «argucias, maniobras y argumentos dilatorios», «para conservar su conquista».

La reivindicación de Gibraltar es, desde el día 4 de agosto de 1704, efectivamente, si no el único, uno de los pocos problemas en que la opinión de los españoles es prácticamente unánime.

En el orden de las relaciones internacionales, la resolución número 2.070 (18 de diciembre de 1965) puede considerarse una verdadera victoria diplomática. «El triunfo más trascendental en nuestra política exterior», según exclamó nuestro Jefe de Estado cuando la conoció.

Merece la pena recordar todo esto por muy sabido que sea y por muy tenido en cuenta que esté por la conciencia nacional. El pretexto ha sido presentar este magnífico libro del capitán Aguilar, valiosa edición, monografía utilísima para todos, pero muy especialmente para aquellos que sienten devoción por la historia—en modo particular la militar—o estudian los problemas internacionales concretos.

JUAN DE ZAVALA

RECENSIONES

RENÉ RÉMOND: *Le siècle XX de 1914 a nos jours*. Editions du Seuil. París, 1974, 282 pp.

Si desde los enfoques teóricos del acontecer mundial, lo mismo que en el sentido de los métodos para conocer las causas y las trayectorias de los hechos actuales en la política internacional es imposible toda comprensión si no se tiene en cuenta el pasado más inmediato, todo ello se agudiza al encararse con lo que ha ido ocurriendo entre 1914 y 1974. Lo más palpitante y más dinámico de la referida política internacional ha de tener en cuenta que todos los hechos ocurridos en estos años, y los que puedan ocurrir en un plazo inmediato, vienen articulados según las normas, las tácticas y los sectores ideológicos que se iniciaron durante la primera guerra mundial. Así, es evidente que la historia de los sesenta años más contemporáneos no es tanto un conjunto de episodios pasados como una preparación para examinar los hechos cotidianos y los inmediatos.

En este sentido está enfocado el libro de René Rémond para introducción a la historia de nuestro tiempo, libro escrito no tanto para dar a conocer los fenómenos políticos de los países y los pueblos como los modos de analizarlos. Su lema es: «estudiar el ayer en función del hoy e incluso del mañana». El autor es presidente de la Universidad de París X (Nanterre), así como director de estudios e investigaciones en la Fundación Nacional Francesa de Ciencias Políticas. En su obra ha procurado (manteniendo un alto nivel científico) realizar, sin embargo, una labor, sobre todo, alentadora que permita a cada lector revisar las nociones internacionales que son indispensables para la comprensión del mundo de hoy.

Las partes generales del libro de René Rémond se refieren sucesivamente a la I Guerra Mundial, y sus consecuencias, la posguerra; la crisis de las democracias liberales, el comunismo y la Unión Soviética, el fascismo, la II Guerra Mundial y sus consecuencias, los años de la guerra fría, el mundo comunista actual, la descolonización, el despertar de Asia, el despertar del mundo árabe, etc. Y, por último, el doble movimiento de superación y recuperación representado por lo que el autor del referido libro llama *declin et relèvement de l'Europe*, seguido por una afirmación de esperanza acerca de un nuevo magno papel de Europa en el mundo.

Un aspecto muy valioso y significativo, que se va manifestando con firmeza e insistencia a lo largo de todos los capítulos, es el de los tirones y los choques entre las fuerzas de unificación y los fenómenos de disolución. Las unas y los otros se presentan en relación con la posibilidad de que llegue a nacer una civilización única para el universo entero.

Las fuerzas unificadas que se destacan en primer término son aquellas que proceden de fenómenos materiales, sobre todo en el orden del adelanto técnico. Dentro de dichos fenómenos materiales, un primer conjunto se refiere al progreso de las comunicaciones: el desarrollo de la revolución de los transportes, el desarrollo de la radio y la televisión como factores de difusión simultánea de las informaciones, etc. Como factor material está la también rápida propagación de unos cuantos idiomas que han pasado a desempeñar funciones universales. Así, el francés y el inglés, el español, el ruso, el árabe, etcétera.

RECENSIONES

Viene después (o al mismo tiempo), como elemento profundo y netamente estructural, la identidad del proceso de evolución de las sociedades modernas en todos los continentes y todos los conjuntos raciales. Por primera vez en la historia, todas las sociedades humanas se han puesto al compás de un progreso técnico que en todas partes emplea los mismos sistemas de utilización de la energía y la materia. La revolución industrial, que comenzó por ser algo especial de Gran Bretaña en el siglo xviii y de toda Europa occidental al comenzar el xix, después de pasar al Japón y, en parte, a las Indias, se ha ido reproduciendo exactamente en todas partes, engendrando las mismas consecuencias de trastornos sociales o descomposición de las sociedades agrarias, fundamentales y monótonas repeticiones de las formas urbanas macizas y en serie. Aunque esta identidad de fenómenos en las formas y los efectos debería permitir que las entidades raciales y nacionales se comprendiesen y fundiesen. Porque el uso de las mismas técnicas y las mismas ocupaciones aproximan las psicologías, así como las mismas viviendas-bloques, las mismas ropas, etc.

Sin embargo, también actúan las nuevas fuerzas disgregadoras, que son principalmente de carácter económico. René Rémond subraya la gravedad de la diferenciación y la división que se establece entre los países llamados «desarrollados» y los que son clasificados como subdesarrollados o en curso de desarrollo, al mismo tiempo que no cesa el agravarse y profundizarse el *décalage* del ritmo de progreso que separa los unos de los otros. Sobre todo, porque en el segundo conjunto va aumentando el resentimiento por verse marginados. Y al mismo tiempo se ve que los restos de las colonizaciones (como en los sectores africanos de lenguas inglesa y francesa) los idiomas de los colonizadores han levantado barreras artificiales entre unas poblaciones negras que habían sido solidarias y complementarias.

Ante el contraste de las dos posibilidades de nacimiento mundial de una civilización común o de exasperación de los conflictos, no se puede determinar cuál tiene mayores posibilidades de realizarse predominantemente, a pesar de que tienden a fijarse los compromisos aparentemente inestables. Pero René Rémond considera que en todo caso lo que más importa es proporcionar un mejor análisis de los elementos de juicio.

Las crisis de Europa y las posibilidades de un nuevo auge europeo constituyen el sector de introducción a lo internacional de nuestro tiempo, al cual van a parar en último término casi todos los enfoques de la obra del profesor Rémond. Europa figura como punto de introducción y también como desenlace provisional abierto a lo venidero. La historia y las realizaciones de lo europeo actúan como un constante *leitmotiv*, porque los acontecimientos mundiales se han ordenado alrededor de los episodios de que Europa ha sido el teatro y Europa ha explotado las formas de un estilo universal.

Sobre el papel de Europa en calidad de punto clave al término del lapso histórico resumido y explicado se intenta situar a la Europa de hoy con respecto a ella misma y al resto del mundo. Un punto de partida para la determinación es precisar en qué medida pueden explicarse las afirmaciones sobre un declive fatal de lo europeo, que se han venido haciendo desde hace medio siglo. René Rémond responde objetivamente considerando las tres etapas atravesadas por Europa en lo que va de siglo.

El primer tiempo corresponde a la imagen que Europa se hacía de ella misma al comenzar el siglo, observando que había conquistado y colonizado el mundo, que era

RECENSIONES

la primera fuerza militar del globo, que económicamente era la cabecera industrial de bolsa y banca y que proporcionaba los modelos para los usos culturales a la escala de los demás sectores mundiales. El segundo tiempo se refiere a Europa al terminarse la segunda guerra mundial, cuando había quedado tan empobrecida que no podía levantarse por sí misma y en Europa ya no se encontraban los centros de decisión cuando había perdido toda su autonomía diplomática y había quedado fuera del sistema orientador de las relaciones internacionales, al mismo tiempo que veía liquidarse los restos de los imperios coloniales.

El profesor Rémond subraya con empeño que ninguno de aquellos factores decadentes y pesimistas actúa hoy como determinante principal ni menos como decisivo. Porque en conjunto Europa ha vuelto a encontrar un impulso económico, un rejuvenecimiento demográfico, un aprovechamiento completo de su mano de obra y sus recursos técnicos, el nacimiento y el arraigo de las instituciones europeas permanentes, etc.

Así, Europa (sobre todo, Europa occidental) continúa teniendo *une place appréciable dans le monde*. En todo caso, y aunque ya no manda ni decide para los otros continentes, ha de distinguirse entre Europa como potencia y Europa como civilización. Los dos aspectos estuvieron confundidos cuando Europa utilizaba su potencia para inculcar a los otros sectores mundiales sus valores y sus sentimientos. En este segundo aspecto tiene interés el que la difusión de los sentimientos y valores europeos no necesite ya utilizar el expediente circunstancial de la fuerza. Hay también el hecho de que los países ex colonizados continúen sus organizaciones independientes, utilizando las lenguas y las técnicas que les dejaron los países colonizados europeos. Y hasta las grandes palabras políticas de «nación», «democracia», «pueblo», «independencia», «soberanía», «desarrollo», etc., siguen usándose con normas de orígenes europeos.

RODOLFO GIL BENUMEYA

MICHAEL BOTHE: *Das völkerrechtliche Verbot des Einsatzes chemischer und bakteriologischer Waffen*, Köln-Bonn, 1973, Carl Heymanns Verlag, XIV-397 pp.

La prohibición del empleo de armas químicas y bacteriológicas sigue siendo un problema agudo también para la Organización de las Naciones Unidas, debido a una serie de focos conflictivos en diferentes zonas del mundo. Pero no es éste el problema planteado por el autor de la presente obra, ya que su atención se centra más bien en el pasado, es decir, recoge retrospectivamente la situación del Derecho internacional vigente respecto a la cuestión abordada.

La prohibición del empleo de dichas armas se relaciona, quiérase o no, con el actual programa de limitación de la carrera de armamentos, según puede verse en las discusiones llevadas hasta ahora en tal sentido. El autor se interesa por los aspectos jurídicos del problema, no obstante, en el fondo aparece, en una u otra forma, el desarme.

En la primera parte se analizan diferentes aspectos jurídicos de la prohibición y en este sentido el autor sugiere algunas soluciones propias, al menos en lo referente a los problemas más agudos. Así, el alcance y las bases jurídicas de la prohibición de armas

RECENSIONES

químicas y bacteriológicas, tratándose de una exposición teórica a través de la cual se ofrece al interesado toda la problemática existente de una manera prácticamente exhaustiva desde la Declaración de La Haya, de 1899, sobre el uso de gases, hasta el Protocolo de Ginebra, de 1925. Si por un lado existen presupuestos contractuales o convencionales, por otro es también cierto que el Derecho consuetudinario ejerció una considerable función positiva. Los esfuerzos en tal sentido no han cesado ni dentro de la SdN ni de la ONU. En cualquier caso, la base del problema queda enclavada en el Protocolo de Ginebra.

Veamos: 1. El contenido del Protocolo de Ginebra respecto a la prohibición del uso de armas construidas sobre la base de distintos gases o cargadas de medios bacteriológicos en caso de guerra resulta ser parte integrante del Derecho internacional consuetudinario general. El protocolo lleva la fecha de 17 de junio de 1925; se sobreentiende que dicha prohibición se refiere principalmente a las armas químicas y bacteriológicas.

2. Asimismo, queda prohibido en forma de convenio el uso de gases lacrimógenos en el campo de batalla. Se observa que también en este caso desempeña gran influencia el Derecho consuetudinario.

Cabe resaltar el artículo 23 lit. a HLKO-Haager Landkriegsordnung, de 1899-1907, referente a la guerra en tierra.

3. El uso de armas bacteriológicas es inadmisibles incluso para aquel Estado que haya ratificado el Protocolo de Ginebra con alguna que otra reserva hasta en el caso de ser agredido por tales medios bélicos.

El uso de armas químicas es admisible cuando un país es agredido mediante armas químicas y bacteriológicas prohibidas por el Derecho consuetudinario. El presupuesto de uso varía cuando se trata de una cláusula incluida en el Protocolo de Ginebra: se prohíbe el uso de tales armas.

La segunda parte de la obra contiene una serie de documentos comentados que al respecto existen desde la Conferencia de Bruselas, de 1874, ampliada y completada por las Conferencias de La Haya de 1899 y 1907. Por supuesto, es de enorme importancia esta documentación porque se extiende a la etapa de los Tratados de Paz de París de 1919; a continuación, se aborda la actividad desarrollada en el seno de la SdN desde 1920 hasta 1924, los trabajos de 1921-22 de la Conferencia de Washington sobre la limitación de la carrera de armamentos, los esfuerzos de América del Sur y Central de 1923 ó 1936, volviendo, una vez más, a Ginebra de 1932-1934, etc.

Asimismo, quedan expuestos los conflictos armados entre Etiopía e Italia de 1935-1936 o entre el Japón y China de 1932 y 1938. Otro apartado se refiere a los documentos relativos al uso de armas químicas y bacteriológicas durante la II Guerra Mundial, seguidos de la obra llevada a cabo por la ONU, especialmente en forma de una serie de resoluciones. No podrían ser ausentes los conflictos de Corea, Yemen, Vietnam y las colonias portuguesas.

La tendencia general se caracteriza por una negativa al uso de armas químicas y bacteriológicas desde el momento de su aparición. Con ello se pretendía «humanizar» las guerras, sólo que los resultados prácticos constituyen hechos ya históricos. Al menos se intenta emprender algo positivo en favor del combatiente. En esta relación el autor

RECENSIONES

ofrece la postura de los Estados Unidos, Gran Bretaña, Italia, RFA, Francia, la URSS y la RDA. Dentro de este concierto de esfuerzos constan también los realizados por la Cruz Roja y diferentes instituciones científicas privadas (International Law Association o el Congreso Internacional de Microbiología).

S. GLEJDURA

GERARD DUPRAT: *Révolution et autogestion rurale en Algérie*, Armand Colin, París, 1973, 471 pp.

Desde que en el año 1962 el pueblo argelino obtuvo su independencia, uno de los hechos más característicos de sus estructuras espontáneas y de la trayectoria general de su evolución ha venido siendo la tendencia constante a ir articulando la vida política, social y económica basándose en las colegialidades o direcciones colectivas de grupos y equipos. En la parte teórica dicha colegialidad tiende a influir incluso sobre las formas y los procedimientos de los más altos organismos del Estado y la nación argelinos; desde que en los estatutos del FLN divulgó en plena revolución se decía: «el poder personal y el culto de la personalidad son incompatibles con los principios de la Revolución». Y verdaderamente, si durante los combates dicha revolución fue triunfando a base de grupos de acción repartidos aquí y allá por las diferentes comarcas o «wilayas», al llegar la paz también fueron núcleos sueltos locales los que iniciaron la nueva y espontánea vida civil.

Uno de los ejemplos más destacados de esto fue, desde el primer momento, el de la llamada «autogestión», surgida en el medio rural. Dicha «autogestión» se inició cuando, después del brusco éxodo de los colonos «ultras», quedaron abandonadas las enormes fincas y las industrias agrarias de la colonización francesa y neo-francesa y los campesinos musulmanes argelinos de cada localidad y cada sector se encargaron de trabajar las tierras abandonadas, actuando por unidades colectivas de poblados o de fracciones tribales.

En una segunda etapa (inmediata a la anterior) las mismas unidades colectivas espontáneas de los labradores tuvieron que ir atendiendo también a las necesidades inmediatas de toda la vida de sus localidades durante algunos años, al mismo tiempo que en la ciudad de Argel el sistema nacional argelino se organizaba difícilmente, con enormes apremios de tiempo y de recursos. Así (sobre todo, desde junio de 1965), cuando los nuevos gobernantes de Argel pasaron a organizar definitivamente todo el país, se apoyaron en el ejemplo de la «autogestión» rural para dar forma a varios organismos de administración regional y local. Como, por ejemplo, en las 676 asambleas populares comunales que hoy cubren todo el país.

Hay así muchos motivos para afirmar que la autogestión espontánea que iniciaron los campesinos y posteriormente ha calificado el Estado, puede considerarse como uno de los ángulos de enfoque perfecto del presente argelino entero.

Esta convicción constituye, desde luego, uno de los postulados fundamentales que han animado la redacción del libro de Gerard Duprat sobre la revolución y la auto-

RECENSIONES

gestión rural en Argelia. Dicho libro forma parte de la colección de «Cuadernos» de la Fundación Nacional Francesa de Ciencias Políticas. Uno de los principales objetivos de la obra de Gerard Duprat es el de presentar y explicar todo el proceso nacionalista argelino a la luz del hecho histórico actual de la autogestión rural. Desde la independencia hasta el año 1970, aproximadamente.

En todo caso, el factor fundamental de la autogestión es siempre el de sus impulsos campesinos iniciales. El jefe del Estado argelino, Huari Bumedián, ha proclamado y repetido siempre con insistencia: «Nuestra Revolución no ha sido la ciudad quien la ha hecho, sino el campo.» El mismo Bumedián es de origen familiar rural, lo mismo que la mayor parte de los cuadros guerrilleros de la antigua «Resistencia». Así, cuando en la primera mitad del año 1970 estuvieron completas las principales estructuras gubernamentales y administrativas, poniéndose, además, en marcha el primer plan cuatrienal, se tomaron las disposiciones para que todos los aspectos fundamentales del desarrollo argelino se apoyasen sobre la transformación del mundo campesino a escala de todo el país. Eso se inició el 8 de noviembre de 1971, fecha en la cual fueron promulgadas la ley de «Revolución agraria» y la carta que la explicaba.

Los objetivos de aquellas disposiciones de 1971 eran, sobre todo, jurídicos, pues no sólo trataban de distribuciones de tierras y de sus modos de aprovechamiento, sino de crear un sistema completo articulado de régimen de la tierra junto a un nuevo estilo de articulación local. Las disposiciones dadas sobre todo ello cubrían veinte páginas del *Journal Officiel* de la República argelina. Después ocurrió que durante muchos meses casi toda la vida del país estuvo girando en torno a todo aquello, no sin que los gobernantes se diesen cuenta de haberse lanzado a una empresa cuyas dificultades serían enormes y dudosas de sobrepasar. Una de las mayores consistía en el hecho de que las condiciones generales en que había quedado el suelo argelino después de ciento treinta años de explotación colonial eran bastante mediocres, salvo en algunas comarcas reducidas de cultivos para primeras materias de varias industrias, como las vinícolas.

Algunas de las cifras eran verdaderamente catastróficas. Por ejemplo, la de que con una superficie de veintitrés millones de hectáreas, las utilizables no llegaban a siete millones y gran parte de éstas se encontraban empobrecidas por muchas causas graves, como la deforestación y la erosión producida por el «sistema de las grandes granjas de colonización extensiva, etc.». Había también el ausentismo de muchos latifundistas. Desde 1954, la larga guerra de la independencia arruinó mucho más los campos, hizo desaparecer los ganados y desperdigó a los restos de las viejas comunidades tribales.

Cuando en 1971 se intentó iniciar la reconstrucción global, los medios oficiales de hacerlo resultaban escasos, pues había poco dinero, escaseaban los agentes técnicos e incluso no se disponía de un verdadero catastro. Así, en los primeros momentos se temió que la revolución agraria tuviese efectos contraproducentes de llegar a disminuir los rendimientos de la producción. Y no faltaron protestas violentas, tanto de ciertos propietarios que vieron sus tierras pasar a un fondo nacional de redistribución como entre algunas tribus que aún conservaban sus bienes colectivos tradicionales.

Gerard Duprat no oculta en su libro cuáles fueron los inconvenientes para utilizar los conceptos y los procedimientos de la «autogestión» para aplicarlos al conjunto de la

RECENSIONES

reforma agraria. Destaca todo lo que hubo de confusión en los conceptos y precipitación en las aplicaciones, además de referirse a contradicciones entre la teoría de la «autogestión» y los modos de realizarla, así como al hecho de haberse producido, a veces, conflictos de competencias entre diversos dirigentes o diversos organismos. Aunque a pesar de todo ello la impresión del autor es más bien optimista, pues en todo caso afirma que en el éxito de la referida autogestión está, o puede estar, la clave de los resultados de la revolución y la evolución argelinas.

Las mismas dificultades de la reforma agraria (y de las transformaciones políticas o político-sociales que ha exigido su aplicación) han engendrado por reacción varios de los modos de combatirlos. Los gobernantes de Argel han pensado que las debilidades iniciales podrían engendrar factores de fuerza si la extensión de las tendencias de la autogestión espontánea se extendía a la totalidad de los sectores rurales. Y también si se dirigía la reforma desde el campo mismo y no desde algunas oficinas de la capital.

Para realizar tales propósitos se ha procurado incorporar a los organismos locales que aplican las reformas rurales todos los servicios también locales de los organismos políticos nacionales. Cada célula de gestión campestre (o Ayuntamiento de autogestión), es decir, cada Asamblea Popular Comunal (APC), se compone ante todo de sus pequeños propietarios, que la explotan dentro de un estilo más o menos cooperativo: pero en la gestión toman parte además los representantes de los ex combatientes, el partido político único del FLN, la Unión General de Trabajadores, la Unión Campesina, la Unión Nacional de Mujeres Argelinas, etc.

A su vez, el conjunto de los cientos de municipalidades de autogestión (APC) están coordinadas e incluidas dentro de un organismo más vasto y con funciones estatales. Se trata de la APCE, o Conjunto de Asambleas Populares Comunales Ampliadas..., que casi constituyen algo que ha sido designado como «un poder político de control». A su vez, la APCE está coordinada con la Organización de las Uniones Campesinas (UNPA), la cual es una organización de masas creada por el PLN, y donde dentro de este conjunto de instituciones enlazadas se recluten en el porvenir inmediato los cuadros de representantes más o menos parlamentarios.

En resumen, del estudio de los orígenes, la trayectoria y el estado actual de todo lo referente a la autogestión en Argelia parece deducirse que, al margen de sus aciertos, de sus errores y de algunas contradicciones, el sistema de la autogestión ha presentado ventajas prácticas inmediatas, como la de reducir el éxodo campesino hacia las grandes ciudades (éxodo que es catastrófico para tantos otros países), a la vez que la otra ventaja de iniciar la recuperación de suelos agrícolas o forestales y ganaderos, en una nación que como Argelia tiene a la sequía como principal enemigo natural.

En el libro de Gerard Duprat se recogen los aspectos esenciales de la autogestión, por orden cronológico. Pero además contiene una bibliografía bastante extensa, así como comentarios de prensa, y muchos otros datos minuciosos, que no sólo informan sobre los hechos, sino que revelan a los lectores algo del ambiente humano dentro del cual se suceden los acontecimientos.

RODOLFO GIL BENUMEYA

FRANCISCO SUÁREZ: *De Legibus* (II, 13-20). *De iure Gentium*. Corpus Hispanorum de Pace, elaborado bajo la dirección de Luciano Pereña. Edición crítica bilingüe por L. Pereña, V. Abril, P. Suñer, E. Elorduy, C. Villanueva, A. García y C. Bacieró. Vol. XIV. Madrid, «Francisco de Vitoria». CSIC, 1973, LXXII + 344 pp.

Suárez, que es indiscutiblemente el continuador más destacado de Vitoria, representa en la historia del Derecho Internacional moderno una alta autoridad espiritual, la cual se extiende a lo largo de los siglos XVII y parte del XVIII, para aparecer nuevamente reivindicado en el actual. Este nuevo volumen del *Corpus Hispanorum de Pace* sobre Suárez (véanse los publicados en 1965, 1971 y 1972) tiene una gran significación en esta línea. El presente volumen y el *Opus de triplici virtute theologica* representan, en este sentido, las dos principales contribuciones suarecianas al Derecho Internacional, culmen de la doctrina clásica española. Creo por eso que no sería totalmente correcto hablar de *fundador*, y sí, en efecto, de *fundadores*, cuando nos referimos a los orígenes científicos y doctrinales autónomos del Derecho de Gentes. Con Suárez, la fundación y la ciencia del Derecho Internacional son establecidas definitivamente. Se cierra el ciclo de grandes pensadores fundacionales (teólogos y filósofos); mas también juristas, pues la profundización con que atacaron las cuestiones jurídicas («A nadie—dirá Suárez en el Prólogo—debe sorprender que un teólogo se dedique a escribir de leyes.» *De Legibus*-I. CSIC, 1971, p. 2) impide excluirlos como investigadores del Derecho. El sabio jesuita fue desde luego el de mayor agudeza y penetración filosófica (Grocio dijo de él que era «un filósofo y teólogo de tan gran sagacidad, que apenas hay alguien que le iguale»). Pero Suárez ocupa también un rango fundamental entre los primeros iusinternacionalistas europeos. No es azar, a la vista de la inmensa aportación de la Escuela española de la paz, que Grocio escribiera poco después (doce años más tarde) el primer tratado completo de Derecho Internacional. La sistematización grociana fue el corolario natural al aporte y obra de la Escuela jurídica española, con sede inicial en la Facultad de Teología de Salamanca, la cual se extendió por Alcalá, Evora, hasta llegar a Coimbra, Universidad que Suárez hizo gloriosa.

El presente volumen aparece precedido de un largo y profundizado *Estudio Preliminar*, por Luciano Pereña, director del Instituto Francisco de Vitoria. Por ello el lector se sitúa muy pronto en el proceso por el que Suárez emprende una investigación sistemática del concepto del Derecho internacional. Pereña lo ha ido analizando y descubriendo al detalle. Incuestionablemente, definir, como ha dicho un filósofo español contemporáneo, es la misión de los intelectuales. En realidad, Suárez poseyó siempre un concepto bastante claro, al que fue, no obstante, perfeccionando y acabando progresivamente (así en *De Bello*, 1584), en donde ya demuestra tener una idea específica (*ius gentium communi consuetudine introductum*). En Coimbra, entre 1596 y 1608, irá perfilando el término (*ex communi consensu omnium gentium*, p. XXXVII); (*commune omnibus vel fere omnibus gentibus*, p. XXXVIII). Poco a poco, lo va desgajando del *ius naturae*. Posteriormente, lo va a contraponer al *ius civile*, y ya comienza a manifestarse como un *ius inter gentes* (p. XL). En un tercer momento, a partir de 1608, Suárez obtendrá el concepto que persigue (al final del libro II sobre el Derecho natural),

El planteamiento es correcto: «el Derecho de Gentes tiene gran afinidad con el Derecho natural, hasta el punto de que muchos lo confunden con él o lo consideran una parte del mismo». Suárez persiste y extiende su investigación a los siguientes capítulos (XVIII): «¿Se distingue el Derecho natural del derecho de Gentes en que éste sólo corresponde a los hombres en tanto que aquél es común a hombres y animales?» (páginas 99-111); XVII: «el Derecho de Gentes, ¿manda y prohíbe, o sólo concede y permite?» (pp. 112-123; XIX (incontestablemente, el más importante y el que le daría la fama): «¿Se distingue el Derecho de Gentes del natural como un simple derecho humano positivo?» (pp. 124-139). Y aquí (parágrafo 9, dividido en tres partes), llegamos no sólo a una de las más bellas y profundas páginas clásicas del Derecho de Gentes europeo, sino, sobre todo, que «asistimos—como afirma Pereña—al descubrimiento del *ius inter gentes*» (p. LXI) («... señala un momento decisivo en la historia del Derecho de gentes», también, Pereña, «Revista Española de Derecho Internacional», VII, 1, 1954, p. 86). Con las palabras «*ratio autem huius partis et iuris est quia humanis genus...*», la pluma del ilustre jesuita volvía una nueva página para la historia. Pero en realidad todo el capítulo está lleno de matizaciones y observaciones sustanciales, valiosas, agudísimas, verdadero regalo para el espíritu erudito. Finalmente, el capítulo XX («Conclusiones de la doctrina anterior, justicia y mutabilidad del Derecho de Gentes») (pp. 139-149), ofrece asimismo otras contribuciones capitales. Por ejemplo, cuando a propósito de la mutabilidad de las leyes distingue entre un Derecho de Gentes «universal» de un derecho que en vocabulario moderno llamaríamos «regional», por venir referido a «varias naciones» (p. 146).

Por otra parte, queremos aludir también a la institución que ha dado a esta obra un valor novedoso y un vigor nuevo. El *Corpus Hispanorum de Pace*, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, representa en la hora actual una de las más serias aportaciones a la investigación en ciencias humanas y sociales dentro del horizonte científico de nuestro país. Luciano Pereña, que ha trabajado en las principales bibliotecas y archivos de Europa, recogiendo un valioso material, muchas veces inédito, perteneciente a los maestros españoles de los siglos XVI y XVII, ha creado un cuerpo de investigadores cualificados en el estudio del pensamiento clásico español sobre la idea de la paz y del Derecho internacional. Integrado por científicos profesionales y de vocación, esta institución presenta sobre todo el mérito de operar con planes de trabajo esencialmente metodológicos. Con afirmaciones de un miembro del equipo, estos elementos son: a) fijación crítica del texto auténtico; b) constatación de posibles variantes; c) verificación de citas; d) traducción e interpretación del texto desde una perspectiva actual (Vide P. Suñer, en *Anuario de la Asociación Francisco de Vitoria*, XVIII, 1971-72, pp. 127 y ss.). Pero, entre otros, el mérito primordial del *Corpus* reside en sus resultados específicos, a saber, en la demostración de la existencia de una doctrina española de la paz internacional, íntimamente asociada a la Escuela de Salamanca, sede inicial de irradiación sobre otras universidades y fundadores del Derecho internacional. A este propósito, en la presente obra han colaborado los doctores Luciano Pereña, Vidal Abril y Pedro Suñer, habiendo intervenido también en la última fase de la misma Eleuterio Elorduy, César Villanueva, Antonio García y Carlos Baciero.

No es fácil resumir en pocas palabras las diferentes aportaciones de la presente edición crítica bilingüe. Importa señalar, en primer término, los tres Índices (de fuentes,

RECENSIONES

bibliográfico y de conceptos) (pp. 315-345); las Adiciones de Suárez al *Ius gentium* (pp. 152-168), y los Apéndices (pp. 169-314), sobre todo los relativos al *De iure gentium*. Ciertamente, los ocho capítulos del Libro II son importantes, pero los dos últimos—en especial, el XIX, ya aludido—ofrecen todavía una permanencia raramente vivaz, ya sociológica, ya jurídica, fundamental. Así, el concepto de interdependencia, del que Arthur Nussbaum no puede menos de recordar y enfatizar. Otro aspecto, el rechazo en la concepción de la soberanía ilimitada de Bodino (1576), etc. Dicese a tal efecto que Suárez ignoró deliberadamente a ciertos autores extranjeros, a fin de evitar todo lenguaje polémico. En cualquier caso, la idea del Estado «moderno» se halla fuertemente enraizada en la sistemática suareciana (Legaz, *Filosofía del Derecho*, 3.^a edición, página 820).

Sería verosímil que la historia doctrinal del Derecho de Gentes moderno (al menos, en un primer estudio) fuese susceptible de división en dos períodos: *antes y después* de la aparición del famoso *De Legibus*, pues hasta esa fecha (1612) el confusiónismo conceptual era impresionante. Con Suárez se llega precisamente a la claridad. (Oppenheim-Lauterpacht, en su Tratado *standard*, lo pusieron de relieve, ed. española, t. I, página 52). Por otro lado, Ernest Nys, acaso uno de los más grandes historiadores del Derecho internacional, señaló en Suárez cómo «la caridad cristiana ilumina sus escritos» (*Les origines...*, 1894, p. 138).

Si es cierto que el Derecho internacional fue (históricamente) un sistema introducido por el uso jurídico, ahora, el Derecho de Gentes o Derecho internacional, llamado así después de Bentham, es convencional y escrito. La costumbre, no obstante, permanece ocupando un lugar preponderante entre las fuentes. Pero es curioso que hoy día, es decir, tres siglos y medio después, también estemos necesitados de una redefinición del Derecho internacional y que sólo un genio del nivel del insigne jesuita (el más ilustre de la *Compañía*, como lo afirman todos los manuales clásicos) podría llegar a elaborar y configurar, con el vigor como él lo hizo, un concepto nuevo y reactual.

ALBERTO J. LLEONART Y AMSELEM